

No todas las cosas
Antología personal 1980-2015

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS



poesía

EDUARDO LANGAGNE

No todas las cosas

Antología personal 1980-2015



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Ana Lilia Herrera Anzaldo
Secretaria de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Ana Lilia Herrera Anzaldo,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,
Luis Alejandro Echegaray Suárez

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

No todas las cosas. Antología personal 1980-2015

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2016

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Eduardo Reyes Langagne

ISBN: 978-607-495-501-9

© Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/27/16

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Una carta de vida: *No todas las cosas*

Todo poeta asume la extrañeza de sus propios versos cuando regresa a ellos. Tienen una textura distinta, se oyen de diferente manera, son otros. Se escribieron para amores pasados, para ciudades ahora inexistentes, para músicas olvidadas. Eduardo Langagne ha debido volver sobre sus pasos para recorrer tres décadas y media de escritura poética. Al presentar esta antología, entrega también una carta de vida en la que debió descartar unos poemas para privilegiar otros como si debiera elegir algunos trochos del camino sobre todos los demás.

No todas las cosas. Antología personal 1980-2015 revela el tránsito y el trasiego del poeta que empezó a escribir cuando su generación salía de la adolescencia al sonar los disparos contra el movimiento estudiantil del 68, una generación muy joven para participar pero muy vieja para no darse cuenta de que todo debía ser distinto en aquel país cerrado a los cambios. Después del año 71, las posturas contestatarias juveniles confirmaron sus diversos escenarios: la militancia política de izquierda, el *rock* como una declaración de vida, la revolución cubana y la oposición a las dictaduras del sur del continente, la música latinoamericana, la lucha en favor de la ecología, la luz de las cosmovisiones ancestrales de los

pueblos indígenas, el misticismo oriental. En ese contexto en ebullición, comenzó el periplo literario del poeta. No había una única ruta para los jóvenes escritores, vivían Octavio Paz, Efraín Huerta, Bonifaz Nuño. Impartían talleres el guatemalteco Carlos Illescas y el ecuatoriano Miguel Donoso Pareja. Los exilios chileno y argentino habían traído a escritores que pronto se integraron al círculo de la vida literaria mexicana donde proliferaban, como nunca antes, revistas institucionales dedicadas a los jóvenes como *Tierra Adentro* y *Punto de Partida*, por citar dos de ellas, y distintas publicaciones independientes, algunas de las que el propio Langagne fue editor. El florecimiento de talleres, revistas, suplementos y encuentros literarios marcó a la generación que empezó a publicar sus libros al finalizar la séptima y al abrir la octava décadas del siglo pasado.

Para algunos historiadores, el siglo xx mexicano acabó en 1985 cuando el terremoto de ese año colapsó no sólo los cimientos de la capital, sino los que sostenían los valores tradicionales de la sociedad mexicana y derrumbó también el andamiaje político del gobierno que ya hacía agua de tiempo atrás. Para entonces, Eduardo Langagne ya era un joven reconocido no sólo con el Premio Casa de las Américas, sino como una de las voces poéticas de mayor vitalidad. Desde sus primeros libros se observa el dominio de la forma y se reconoce el apego a la estructura que plantea para cada poema. Su propuesta se aleja de la solemnidad, del fasto declarativo y aporta, en cambio, una destreza inusual para armonizar el contenido y la intención mediante una musicalidad desplegada como un eco que señala, fortalece y resalta.

madre
madre muerta

mi tambor sobre tu tumba madre muerta

suenan el cuero del tambor sobre tu tumba
y mis manos sobre el cuero del tambor sobre tu tumba

las uñas de mis manos
golpeando sobre el cuero del tambor sobre tu tumba
madre muerta...

Quien tenga la suerte de leer la presente selección se encontrará con frecuencia con ese ritmo, convertido en tono, perfeccionado con los años. Un ritmo que subraya y sacude, invita y canta. Una música que también se vuelve densidad y, así, crece a lo largo del entramado de toda su obra, en ocasiones de manera discreta, a veces con una contundencia evidente. Es una cadencia que va y viene, vuelve, retoma desde otro ángulo el motivo inicial como ocurre en la música de concierto.

no tenemos la casa todavía,
tenemos piedras; algunas.
trozos de pan, algo de vino tenemos
pero la casa no;

No todas las cosas mantiene en su índice un orden más o menos cronológico que sólo se interrumpe ocasionalmente. Inicia con poemas procedentes de *Donde habita el cangrejo*, libro que editó Casa de las Américas en 1980 con motivo del premio otorgado a Langagne y que, hasta el momento en que se escriben estas palabras, le ha llevado a ser el único autor mexicano que lo ha conseguido en poesía. La selección se complementa con poemas extraídos de *Verdad posible*, impreso en 2014 por el Fondo de Cultura Económica, que le permitió obtener el Premio de Poesía “José Lezama Lima” en 2016, reconocimiento de carácter honorífico que la propia Casa de las Américas otorga desde el año 2000. El premio le fue concedido al poeta “[...] Por establecer de manera convincente y no exenta de humor, un fructífero diálogo con la tradición”. Cito el comentario porque para mí es un dato representativo no sólo de este libro, sino de toda la obra. Su diálogo con la tradición ha estado presente desde sus primeros poemas. Cada libro presupone una rica combinación de acentuaciones y ritmos del verso dando lugar a distintas formas estróficas entre las que nunca ha eludido el ejercicio de un verso libre musical y pleno, con una propuesta de oportuna actualidad, colmado además de connotaciones y referencias que establecen un puente inmediato tanto con el lector diestro como con el que se asoma por vez primera a la poesía.

Eduardo Langagne asume y reinterpreta en cada libro sus obsesiones: la mujer deseada y la descubierta, la juventud como una melancólica cadena de complicidades gregarias, la reflexión

recurrente sobre el sentido primero y último de la poesía, el diálogo con sus poetas mayores y la ambivalencia entre el escritor y el acto de escribir. Y gusta de dirimir estos y otros temas, más en el terreno de la pregunta que en el de la certeza. Sus poemas trascienden porque juegan a no pretenderlo, porque bajo la primera piel siempre hay otras, la matrioska invita a descubrir a las siguientes. Se siente cómodo si sus versos expresan las ideas convirtiéndolas en imágenes que queden en la mente:

colón no descubrió a esta mujer
ni se parecen sus ojos a las carabelas...

En cuanto apareció *Donde habita el cangrejo* —me consta porque entonces ya compartíamos la misma amistad de ahora— recibió saludos de poetas y escritores que muchos de nosotros admirábamos, como José Emilio Pacheco, quien sabía de nuestras andanzas en talleres literarios y publicaciones periódicas; de Efraín Huerta, a quien visitábamos con alguna constancia, a pesar de mi proverbial imprudencia. Langagne, ya desde entonces, a pesar de los humos de la juventud, era un individuo discreto con sus conocimientos profundos de la poesía, especialmente la del Siglo de Oro. Pocos amigos teníamos el privilegio de escucharlo y seguirlo en sus reflexiones, asombrados ante su memoria implacable.

Después de ese inicio fulgurante, no se han detenido los reconocimientos y las publicaciones mantienen una secuencia ininterrumpida. El Fondo de Cultura Económica, por ejemplo, agregó a

sus catálogos *Navegar es preciso*, un libro de Eduardo, desde 1987. Años después, la misma editorial presentó volúmenes colectivos de poesía para niños, compilaciones, traducciones donde se incluye a Langagne, así que la edición de *Verdad posible* es secuencial en los catálogos de esa importante editorial.

La tarea del poeta como traductor, especialmente del portugués, su segunda patria poética, le ha servido no sólo para levantar un tributo al idioma de Pessoa, Drummond y Bandeira, sino también para enriquecer su propia escritura. El rigor y la meticulosidad para escribir poesía son los mismos para traer a nuestro idioma los poemas de otros.

En *Navegar es preciso*, título en evidente guiño al poeta de Lisboa, a los marinos lusitanos y a los poetas de Brasil, encuentra probablemente la expresión más sensible y emotiva de toda su obra. Siguió con *A la manera del viejo escarabajo*, 1990, y *Tabacalera*, 1992, en el que combina la historia de su barrio con la de la ciudad y la del país. México dentro de México en un imprescindible testimonio generacional.

A la par de la edición de los libros, Langagne publicaba *plaquettes* y conjuntos de poemas de transición que hoy forman parte de una más amplia bibliografía. Su libro siguiente, *Cantos para una exposición*, le valió el Premio de Poesía de Aguascalientes en 1994. Creado por el poeta Víctor Sandoval, este concurso anual constituye el premio nacional más importante de México desde 1968 y lo han obtenido poetas singulares de nuestra tradición literaria como el propio José Emilio, Eduardo Lizalde, Coral Bracho o

Antonio Deltoro y más recientemente Minerva Margarita Villarreal; la edición del libro ganador fue realizada en 1995 por el entrañable Joaquín Diez Canedo, en Mortiz. Siguieron *La manzana en la cabeza*, de 2000. *El álbum blanco*, de 2004. *Lo que pasó esto fue*, de 2009, hasta llegar al ya citado *Verdad posible*, de 2014.

No todas las cosas fue compilada justamente en 2015 y suma el reconocimiento de lectores de diversos países. Esta edición del Gobierno del Estado de México ofrece, desde luego, la clara posibilidad de una lectura amplia, cuidadosa, ceñida a disfrutar un trayecto virtuoso de poemas que unidos así ofrecen un todo memorable.

Es oportuno reiterar que a lo largo de su obra, Eduardo Langagne apuesta por el íntimo decoro, el diálogo con la tradición que sigue siendo su piedra de toque. El concepto mismo del verso es también una constante, un motivo poético de reflexión. Creo que es un hallazgo importante cuando el poeta expresa que el verso libre es una estrofa contemporánea. Y desde esa concepción lo asume y lo trabaja.

Su poesía busca y logra ser rica en significados que tienden puentes entre el caudal de nuestro idioma en la imprenta, pero también en el hipertexto de hoy en día, lo natural y lo inesperado. La obra tiende ligas como si aspirara a que sus figuras se conocieran y sus ideas dialogaran unas con otras, las de hoy con las de hace treinta años, las de Lisboa con las de la Tabacalera.

Quien lea los poemas de este libro, encontrará una carta de navegación, un mapa descubierto o, sencillamente, las coordenadas

de la travesía de un poeta que ha creado un espacio para revelarnos lo recóndito de la palabra, la vigencia plena de la poesía y la certeza de que todavía existen personas que le dan rostro y voz a la belleza y a los claroscuros de la existencia.

SAÚL JUÁREZ

No todas las cosas
Antología personal 1980-2015

Oficios

hay un olor que crece
en las manos del hombre que hace el pan
para el vecino
que es carpintero
y ha pegado dos partes de madera
para que el hombre que hace el pan pueda sentarse
a comer de ese pan que el hombre hizo
y lo parte
en dos
para que el alfarero coma
y entonces trae un jarro el alfarero
donde cabe el agua que los hombres beben
donde el poeta bebe y lee sus versos
y hay algunos que escuchan porque saben
que un verso es una piedra
y comen otro pan que el hombre trajo

Consecuencias

I

La memoria está oscura.

Donde el humo dispersa su ceniza,
retroceden las horas.

Un cangrejo de polvo se reúne en la muerte.
El sol se despedaza contra el piso.

II

El recuerdo es una huella complicada.

Se persigue en círculos.

Enloquece como un hombre en llamas.

III

El recuerdo canta. Templa la guitarra
con la misma amargura
de un ciego de voz desafinada
que pasa las yemas de los dedos
sobre la superficie áspera del miedo.

Dispersiones

I

ella tiene el pelo corto y su cara toma los más
despiadados amarillos, tensa las cuerdas pensando
en los guerreros que limpiaban su lanza en la entraña enemiga.
luego canta con la seguridad de un pirata que ha
encontrado en su mapa el sitio exacto del tesoro.

II

en tus pesadillas soy un extranjero que mira madurar tu cuerpo.
el mar es un fruto verde que no podemos morder
porque la lengua reconoce la traición y la desdicha.
el tigre corre, a pesar de la bala en sus costillas.
la poesía no se crea ni se destruye, sólo se transforma.
escribo ahora que la inmóvil terquedad de la tortuga me aviva la
[impaciencia.

III

con la guitarra desgarramos nuestros odios,
nuestros más amorosos rencores:
al cantar elegimos la manera de morir.
permanecemos en la muerte.

Principios

vuelta al revés la mesa araña el techo
una voz imposiblemente alcanza el si bemol
—tampoco vibrando la garganta—
cuarteada la pared muestra ladrillos
y frases presidiarias
húmedos huecos deja la saliva
corre la tinta: una vocal arácnido está ahora
—de seis o más o nueve patas—
viene del obvio color rojo de la sangre
(gusano de maguey mezcal que agota el erotismo
y sin embargo el lápiz dice:
sor juana tiene un sexo exigente bajo el hábito)
vuelve la mesa a su lugar
y la tos que cof cof sólo se alivia
moviendo y removiendo la muñeca
la excéntrica aventura de la lengua
a veinte mil kilómetros por hora
como si en un viaje submarino
 qué carajos pasa
es el río que no corre por la sala

ni esa lámpara estira siete brazos
ocho mejor molusco cefalópodo
aparece el mar imaginando un pulpo enorme
sus tentáculos se posesionan de la mesa
el cangrejo es el cáncer o la muerte pero no
la tos termina cuando el índice construye
un orificio entre la arena
simple agujerito donde habita el cangrejo
hay que contar las partículas de arena
no hay caso me moriría sin terminar
de contar los granos que repletan
los bolsillos del que autora
un lobo aullando
qué noche improductiva
que muera el animal que dormitó en mi mesa
y el cangrejo

no sé
lo traes entre los dedos

Piedras

no tenemos la casa todavía,
tenemos piedras; algunas.
trozos de pan, algo de vino tenemos
pero la casa no;
sin embargo tenemos oscuridad,
porque luz no tenemos todavía;
tenemos algunas lágrimas y besos,
otras cosas igualmente ridículas tenemos,
pero la casa no. quizá
paredes que se levantan muy despacio,
mas no tenemos casa todavía
donde encontrar el frío, la soledad,
la lluvia,
pero arriba
un cielo como sábana tenemos
y abajo un infierno delicioso
por donde deambulamos
recogiendo piedras.
“hoy no me llevas, muerte, calavera,
no me voy, no quiero ir.

hoy no voy ni entrego mi barco de papel,
mi brazo, mi guitarra, hoy no,
hoy solamente tiro piedras,
poemas,
muchas piedras contra tu rostro
—no niego, dulce rostro—
tiro piedras,
me arranco el corazón y te lo arrojó.
hoy no, muerte, hoy no voy, no quiero,
necesito hacer la casa.”
y estoy vivo
cuando arrojó palabras, muchas palabras.
fuego.

Preguntas

¿por qué las muchachas no nos aman cuando escribimos
o queremos que el papel se manche de ceniza
o se cubra de arena
y sólo nos aman si cantamos
es decir
cuando hacemos estallar la sombra que siempre nos vigila
o no nos aman jamás cuando cantamos
pero nos aman sin saber qué somos
sin preguntar si somos un mar de rostros
un océano de rostros
un rostro parecido al agua
o un gesto que rebota o revienta en las rocas
y no saben si los acantilados gimen o cantan
cuando miran nuestro rostro escurrir a pedazos
o no nos aman cuando saben que somos multitud
un trozo una migaja de multitud
o por qué no nos aman ni siquiera así
pero nos aman cuando no nos conocen
porque el misterio del amor del fuego las hace crepitar
y por qué no nos aman

y sólo algunas veces
y luego no nos aman
y sí?

Carencias

una camisa que no tiene un corazón que la haga ondear
y es demasiado azul para tener un corazón
y no tiene sal en el costado o en el cuello
y jamás se ha desgarrado bajo el sol
es como un hombre triste

Percusiones

(Canto grave para tambor solo)

madre

madre muerta

mi tambor sobre tu tumba madre muerta

suenan el cuero del tambor sobre tu tumba
y mis manos sobre el cuero del tambor sobre tu tumba

las uñas de mis manos
golpeando sobre el cuero del tambor sobre tu tumba
madre muerta

la sangre de las uñas de mis manos
sobre el cuero del tambor sobre tu tumba

la sangre de tu cuello está en las uñas de mis manos
que golpean sobre el cuero del tambor
sobre tu tumba tumba madre muerta

Seguridades

hoy amo a una mujer que no está cerca
que no está lejos siquiera
que no está
y dondequiera que exista si es que existe
será inútil pensar que me conoce
que ha escuchado mi desorden o mi grito
no queda mucho más:
inventar que en la casa alguien espera
y pensar que el amor seguramente existe
si uno ha sentido un odio inexplicable

Definiciones

Ella está hecha a semejanza de las cosas que amo.

Se parece a la noche,

o mejor: a una noche sin ausencias.

Ella es exacta.

Cuando la noche escurre, su cuerpo se humedece.

Me permite trepar por mis temblores

y agitar su nombre desde la oscuridad.

Ella es irrepetible.

Nació en las piedras donde empieza mi desorden.

Descubrimientos

colón no descubrió a esta mujer
ni se parecen sus ojos a las carabelas
jamás hizo vespucio un mapa de su pelo
nunca un vigía gritó tierra a la vista
—aunque vuelan gaviotas
 en las proximidades
 de su cuerpo
y en su continente se amanece cada día—
a esta mujer no la descubrió colón
sin embargo estaba en el oeste
era un lugar desconocido
y para encontrarla
hubo que andar mucho tiempo
con una soledad azul en la cabeza

Navegantes

Navegar é preciso

viver não é preciso

Si la constelación indica el rumbo
hay que mirar arriba
y atrapar esa estrella en la mirada.
Pero a tanta distancia
ignorar es la ruta a navegar.

Navegar é preciso

viver não é preciso

El timón no se corrige enderezando el barco.
A babor se escribe.
A estribor se reposa, pero late furioso el corazón.
La tempestad se avecina, sabe y grita el vigía.
En qué maldito mar entrometimos el destino.
En cuál interminable océano decidimos aprender a vivir.

*Navegar é preciso
viver não é preciso*

Se enterraron el norte de la brújula
en la costilla falsa de su costado izquierdo.
Abrieron los brazos
hasta alcanzar los extremos del antiguo horizonte
y el peje espada perforó las palmas de sus manos
y los clavó en el mástil húmedo y altísimo.
Miraron dulcemente al cielo,
una corona de sal hería su frente.
No puedo suponer que hubo lágrimas,
de los más rudos hombres se dice que no lloran.
Tres días después,
al tiempo que termina atrapado el bacalao,
de los mástiles todos los hombres recios fueron desclavados.
Mas no subieron nunca al cielo,
porque les es preciso navegar.

Poema escrito en enero

Es un lugar común establecer comparaciones
entre un pájaro y el corazón de ella.
Corazón es agudísima palabra.
Pájaro lleva acento en cada pluma.
Su corazón no tiene alas,
pero es verdad que vuela y sabe cómo los nidos se construyen.
Digo entonces que ella tiene un corazón, no que un pájaro habita
[ese lugar;
digo que hay alas que hacen volar su corazón
y que un pájaro late ahí en su pecho.
Es difícil comparar un pájaro con su corazón: pero son la misma
[cosa.

Un pájaro (era pardo)

un pájaro (era pardo)
estaba en una rama
tanto azoro causó en el que escribe
que lo hizo detenerse
y así bobalicón atolondrado
abrió los ojos señaló la rama
con el dedo que usa para eso
y el pájaro ahí estaba
en una gran ciudad
estaba el pobre aquel el sufridor
el pardo acongojado
presintiendo la lluvia
pero vivo y cantando

El truco

Mis huesos irradian luz
y mi mano se hace transparente

El truco ahora consiste
en dejar el papel iluminado

Atención

Entre la multitud

puedes reconocerme, amor:

yo soy el que va cantando.

Este complicado asunto

Me coloqué el corazón en su sitio y la poesía no vino,
ni asomó siquiera.

Preparé la cabeza, el pecho, el vientre, más abajo. No llegó.

Pensé largamente en ella, la inventé, la imaginé, invoqué su
presencia inútilmente.

Mi piel se dispuso a sentirla, tocarla, acariciarla; ella evitó
todo contacto.

Esperando sentir levemente su olor, convoqué a la memoria
y otros asuntos que le son cercanos.

Al ritmo de mi respiración intenté dejarla entrar, salir, entrar,
salir,
sin acaparamiento ni egoísmo, entrar y salir a su antojo
y sin asfixia: tampoco así.

La maldita viene cuando se le da la gana, sopla y se larga.

Yo tan sólo he aprendido a juntar palabras y en ellas es difícil
retener su aroma

y más complicado aún dejarlo ahí hasta mostrarle a otro cómo era ese olor.

Necesidad

Primero un epígrafe rotundo, convincente.

Después ese pronombre en la dedicatoria.

Abajo, un verso limpio, exacto, trabajado,
bien pulido, aunque el pobre no sea inolvidable.

Otro verso más claro, la sencilla metáfora
del verso que le sigue, tal vez algún recurso
que mantenga la idea y luego un tropo, alguno
que haga chocar las piedras de la alegre semántica

para que saquen chispas que alcancen la hojarasca
y se produzca el fuego. Entonces está listo:
se borra aquel epígrafe, se tacha el nombre de ella,
se suprimen los versos (los exactos, los limpios,

los pulidos, los otros). Se despoja el poema
de metáforas, tropos. Se abandona dejando
la hoja blanca manchada de palabras que digan
ciertas cosas humanas cuando alguno las lea.

El poema no sabe

El poema no sabe que lo estoy persiguiendo,
que ya lo imaginé, que lo presiento ahora.
Sospecho que está cerca (ya lo sentí rozarme
la nuca con sus dedos), ya lo olfateo (tal vez
en el próximo trazo del lápiz en la hoja
lo hallaré). Estoy seguro que en un instante más
será mío por completo. Lo tengo acorralado,
esta vez no se escapa; estoy seguro de eso.

Amaneció mi barrio de cabeza

Amaneció mi barrio de cabeza

o algún milagro ocurre, de otro modo no entiendo
que una muchacha alegre pero fea
provoque que los hombres se arrojen al vacío
desde un ligero andamio de piropos
para volar silbando detrás de su figura.

Tantas mujeres lindas tiene el mundo,
tantas en las revistas, transparentes, desnudas,
y esta muchacha fea, más bien fea,
que viste falda alegre de amplia tela barata,
camina cuando el aire sopla fuerte
y ágilmente desnuda sus piernas estupendas.

Cuando el viento se acaba, la muchacha
sonriente pero fea da la vuelta a la esquina
y detrás de una nube asoma el sol.

Pandilla

benditas aquellas que nos besaban
y nos despreciaban
o nos despreciaron y nunca nos besaron
pero más benditas aquellas que nos besaron
y no nos despreciaron nunca
y que serían capaces de besarnos ahora
porque nosotros jamás las despreciamos
y benditas las que se daban al calor y a la caricia
sin pensar en nada
pero más benditas las que sí pensaban
porque hicieron crecer a las caricias
y compartían generosas su cuerpo con nosotros
y nosotros compartíamos nuestro cuerpo con ellas

oh maravilla

nadie jamás prometió nada

Cumpleaños

Acuden hoy mis treinta y tres años
para exigirme que los recuerde a todos.

Cuánto me conocen:
han sabido de mí toda la vida.

Algunos me reclaman
por haberlos gastado inútilmente.

Otros piensan
que exageré en aquellas cosas tristes.

Los más habrían querido no escribir:
consumirse en canciones.

Sin embargo esperan reunidos en la mesa
que yo vuelva con un trago para todos.

Porque si alguno falta no seríamos lo mismo,
nos prometemos seguir juntos

y decimos salud.

El que bebió esa noche

El que bebió esa noche
encontró que todas
las mujeres del mundo
se reunían en ella

y más aún
todas las del mundo
se fragmentaban en ella
o se dispersaban
o se reconocían
o se sabían mujer en ella

el que bebió esa noche
inventó una guitarra
para encajar sus uñas
—igual que a los caballos
se les clava la espuela—
y la guitarra salió desbocada
haciendo polvo

entonces fue
que el que bebió esa noche
recordó algunos versos
que también hacían polvo
o más bien
se hacían polvo
como si la muerte hubiera
besado todas las canciones

el que bebió esa noche
encontró una mujer
y descubrió que la muerte
se reunía en ella
y que todas las muertes
en ella se reunían
por lo tanto
ella era dulce
y la vida se juntaba en ella

y el que bebió esa noche
esperó el amanecer
bebiendo de ella
amando a ella
cantando en ella

juro que cantaba

Respeto al vino

Respeto al vino: ha esperado su momento sin angustia.

Respeto su reposo en el pausado tiempo de bodega.

Respeto su apego a la delicia, su paciencia a lo oscuro,
su paso por las venas de un roble que pervive.

Respeto su color intenso, su cascada de líquidos rubíes.

Respeto al vino, pues cercanos míos sucumbieron a su sabor y a

[sus aromas.

Lo respeto: él no tiene la culpa del alma de nosotros. Se comparte
sin saber lo que allí dentro tiene de riesgo y de aventura.

Respeto al vino, que me observa en silencio mientras sirvo dos

[copas.

Ya sólo queda el recuerdo de este vino en los labios de la mujer que

[ahora me besa.

Breve historia

Yo venía de otros bullicios
ella traía también en sus silencios
algunos rastros que la vida deja

A veces me miraba y sonreía
y yo quería tejerle una canción
que anduviera con ella para siempre

Era febrero
y la dicha existía junto con ella
que no había conocido mis defectos
que ignoraba mis dudas y mis miedos
que creía que por fin había encontrado
un amor irrepetible
y no había sentido nunca
que el amor
alguna vez igual que un cántaro
podía resquebrajarse
y dejar escapar toda su agua cristalina

¿Cuánto tiempo puede un corazón vivir sin agua?

Mucho tiempo ha pasado
No hablo como quien lo ha perdido todo
tampoco como el que todo lo ha ganado

esa mujer está conmigo todavía
me conoce dudoso y decidido
fuerte y cobarde me conoce

Ha pernoctado en todos los oscuros huecos de mi pecho
ha visitado mis íntimas heridas
sabe de casi todos mis insomnios
juntos tenemos los sueños que pueden compartirse

Escribo estas palabras mientras duerme
ambos estamos en el mismo lecho
respirando al unísono desnudos

y no sabemos
cuál será el final
de este poema.

Esta mujer y yo

Esta mujer y yo, que sumamos un siglo,
nos unimos en el beso original
bajo un desnudo encino,
sobre un lecho de hierba,
mientras la luz del sol se abre paso entre las ramas
como un ave que se acerca al nido.

Esta mujer y yo,
sobre la arena suave,
a la sombra de una roca sin pecado,
damos un giro a nuestros cuerpos
humedecidos en una sola voluntad.

Aunque en verdad esta mujer y yo
estamos en un lecho conocido,
imaginando, amando,
y en el momento exacto
nuestros cuerpos irradian una luz
que se escurre como el sol entre las hojas

o una gota en la piedra
y el manantial de la vida brota nuevamente
en estos dos cuerpos que reúnen un siglo
pero no han olvidado el origen del mundo.

Un ramo de rosas

Una es la rosa que hirió a Rilke,
quisiera por ello escarmentarla,
pero no puedo;
le temo y me fascina,
me obsesiona la rosa
memorablemente enlazada a nuestras vidas.
Elegí alguna más
de entre las milagrosas rosas de Juan Diego
que la ilusión dibuja en un ayate.
Evocaré también las rosas que DiMaggio
llevó durante siete lustros a la tumba de Marilyn.
Una de ellas acompaña el ramo que te ofrezco;
no la tomé de Norma Jeane,
tan solitaria y bella, desnuda y perfumada,
es una rosa traducida en la memoria,
testimonio de un amigo perdurable.
La rosa silenciosa que exhala tu perfume
la tomé de Cartola, pues la canta elegante.
Rosas,
algunas rosas para que luzcan en el sitio donde sueñas.

Rosas acaso sobre el piano
donde brotan melodías y aromas.
O encima de la mesa donde lees, escribes y descubres.
Que su color te ilumine la memoria.
Es decidirse por la rosa nuevamente,
por su sabor dulzón y por su tacto.
Sumé la rosa blanca de Martí,
que también he deseado cultivar;
la Rosa melancólica de Nicolás Guillén,
percutiendo su bongó y enamorando.
La rosa de Pellicer,
en las manos de la noche,
comparte algún secreto
con la nocturna rosa de Xavier Villaurrutia.
Aquí la rosa de la humana arquitectura de sor Juana.
También tu rosa que aparece con la luna
y al pausar su llegada floreció en tu vientre.
Las rosas que te canto: Rosa
oscura del tiempo. Rosa
clara de la luz humedecida. Rosa
de los días inolvidables. Rosa
impasible del dolor. Rosa
del mundo. Rosa
del amor. Amorasas rosas
sólo reunidas hoy. Rosas
anónimas, sencillas, simples.

La rosa que no puedo tocar de Juan Ramón
se me marchita entre las manos.

La de Huidobro me sangra
cuando la intento florecer sobre el papel de espinas.
Rosas que son celebración para los días que vienen,
impacientes o tristes, oscuros o afligidos,
optimistas y a veces luminosos,
como el aroma de las rosas que te ofrezco en este ramo.

Los demás de la foto

ella temía que el amor que me tenía
fuera mayor al amor que yo a ella le tenía
y prefirió dejar de dar amor al amor que me tenía

ella tiene ahora a quien darle el amor que me tenía
el que no quiso darme a mí cuando tenía
mi amor que era mayor al amor que a mí ella me tenía

Monólogo del vagabundo

Yo tenía una casa,

una cama de hierro con sueños bien forjados,
una mesa de vino que olía a cedro y a fruta,
vecinos silenciosos en la villa.

Yo tenía una mujer;
se bañaba en la luz de nuestra casa,
mis temblores vivían en su boca
y entre sus piernas brotaban
dulces gemidos que inundaban el mundo.

Ella me amaba.
Un día me pidió
que encendiéramos la hoguera para siempre;
la mano me tembló,
cuando acercaba el fuego al atado de leña
la indecisión sopló sobre mi mano.

Si la hubiera encendido yo tendría un hogar,
no sufriría la lluvia interminable sobre el rostro
ni este frío miserable que me tiene en agonía.

Canto por el hombre que bebía música

Ebrio viene el hombre nuestro

En sus piernas arrastra el secreto de Dios

Tropieza con el aire como un pájaro ciego

Las palabras de su lento alcohol

las entienden los niños y los árboles

Agoniza entre muros de la ciudad ajena

bajo el cielo plumizo de un amor extraviado

No tiene más dolores que su solo alcohol

en sus brazos la fuerza de una bestia herida

Su pecho se agota finalmente

y su puño se crispa como un nido apedreado

donde agoniza el trino de un gorrión de viento

Canto por el contrabajo de Agustín Bernal

¿Eso que toca Bernal es un violín?

¿Gulliver atrapado

en la candente arena de Lilliput?

¿Es un enorme violín cambiando voz?

¿Muchacho atrabancado

que madura en mi bemol y reflexiona?

¿Un gordo rezongando?

¿Un barítono feo

que no logró el papel en la Tannhäuser?

¿Un instrumento musical, sencillo y noble,

que acabó ya su jornada

y se vino al bar sin titubeos?

Cierra los ojos y escúchalo cantar

óyelo cómo tararea, larará, Lulú;

en ese contrabajo está la salvación de nuestros hijos.

En estos días de lluvia

podremos regresar a casa navegando en él,

descubrir continentes,

jugar con nuestros hijos y llevarlos a otros sueños.
Sólo deberemos remar alegremente
al compás de una tonada vieja
tal vez de Gershwin... Sí, de Gershwin.

Canto para una exposición de Jordi Boldó
(Alegoría para una serie abstracta)

Reuniremos los colores del Mar Nuestro
cuando el sol esté encima y nuestra sombra
sea un punto abajo de los pies

Mezclaremos entonces los oscuros azules
en sus aguas
los negros más brillantes —luminosos negros—
los grises que salen de las telas
como el humo se evade de los barcos quemados

¿Desplegarás la tela
igual que izaban los antiguos el velamen
para el soplo del norte
cuando su aliento la cangreja recibía
a veces suave
iracundo a veces
y avanzaba hacia el mar que no termina nunca?

La influencia de aquel mar arrastrará tus tonos
habrás de padecer para encontrar la tierra

—una tierra que jamás promete—
y te abrirás el pecho dicen los designios
y pondrás el corazón sobre la tela
como una ofrenda al sol
Llegarás a donde llegue tu osadía
El amarillo es un símbolo de dioses vengativos
tus grandes amuletos son azules
aguas revueltas son
tranquilas aguas que cambian de color
nadas en ellas
en ellas te sumerges

Fragmentaste todas las figuras
no soplaste en el barro sino en la tierra seca
por eso tus figuras se reparten
en la tela están diseminadas
no modelaste con el barro un cuerpo
en tiempo de sequía lo espolvoreaste
lo esparciste en la tela para crear otros mundos

Ahí respiran otros seres
¿o la triste rutina no deja que los ojos los perciban?
La realidad sin embargo no se fuga
pernocta en la tela agazapada
diluida en los ocre de la tierra

Pienso en el perro de Francisco de Goya
en la arena que cubre al desesperado
pienso en los verdes que recuerdan eucaliptos
rabiosamente vivos ofreciendo su aroma
pienso en los pinos y otros verdes
todos los verdes son una obligación a la retina
Manuel Bandeira tenía también
o dever de ver de verde

En el otoño los amarillos oscurecen
se vuelven hojarasca
suenan a seco siempre si se pisan
hay hojas secas bajo los pies desnudos
de dos adolescentes que se ocultan
pero no esconden su amor a la luz del crepúsculo

Los jóvenes encima de la dulce hojarasca
ejercen el amor que no tiene sino sueños
y tiene por hogar el mundo todo
en esa tela vive esa pareja
cuando yo vuelva a verla habrá de separarse
estaré menos joven
y podré reconocer en los colores la tristeza

Sé que hay un niño detrás de esa mancha roja
tal vez un niño herido

como detrás de un beso hay siempre un niño
y en una mancha blanca un niño que no fue

Cuando los trazos de tinta son desesperados
el niño quería escribir una palabra
que nadie hubiera pronunciado nunca
y nombrara manzanas
e invocara la lluvia como los sioux
que llevan en su nombre
un animal salvaje
y clavaban un cuchillo en la faz de la tierra
para invocar la lluvia o ahuyentarla
según si el filo apuntaba a la nube
o a los ríos subterráneos

El fuego no es el fuego pero quema
es apenas el destello del atardecer
hace arder la apariencia
crepita

El clima es cálido aun en los azules
helado puede ser en el intenso rojo
los contrastes son válidos
tal vez son necesarios
Pintar de verde la rugosa concha del quelonio
colorear la violencia del Martín Pescador

que azota un pez contra la roca
la violencia del mar que ahoga un barco de velas desplegadas
la ternura del mar
cuando no puede ahogar un barco de velas desplegadas
que avanza en el océano y ha de llegar a un puerto
que no tiene señales

Canto por las preguntas del desmemoriado

¿Esa mujer estaba en un sueño largamente perseguido?

¿En sus ojos existía la luz

que sabemos ver los hombres solos todas las mañanas?

¿Le hablé del aire?

¿Cuántas veces mi rostro disfrutó del aire?

¿Cuántas sufrió con él helado y solitario?

¿Le habré contado cuando el viento golpeaba mis ventanas
y era la oscuridad mi única palabra?

Lo haré si no lo hice

¿Pero le hablé del agua?

¿Le dije que la lluvia es compañía?

¿Que me impulsa su ánimo lluvioso?

¿Le recordé los versos de Manrique?

¿Los de Ramón?

¿Los de Lorca?

¿Ella sonrió tan líquida?

¿La humedad la perturbó?

¿Tal vez le dije solamente que la tierra
es preciso lugar para dos cuerpos que se unen
dando un espacio a la esperanza?
¿No lo hice?
¿Entonces qué habrá sido lo que incendió mis manos?
¿Eran sus pies desnudos?
¿Pequeños como un pájaro aterido?
¿Crepitaban mis papeles?
¿Mis palabras?
Arderán si no han ardido

¿Servirá esta página para eso?
¿Le pregunté su nombre?
¿Sabrá que pienso en ella?
¿Habré de decírselo?
¿Estaba en ese sueño la mujer?

Canto por la tierra donde los míos reposan

Son de tierra los míos. Esta es la tierra
donde yacen ¿O no yacen y sus huesos
ya son límpida arena?
¿polvo confundido en el desierto?

Abuelos cuya sangre forma arroyos
avanzando en medio de los árboles
y no tienen sus venas el color del líquido bermejo
que pasea por las mías
¿o conservan el color aunque su sangre
tenga un otro origen?

El que andaba el desierto como un sueño sediento
y no sabía qué arenas cubrían las ciudades.

El que sembraba la humedad
y hacía pensar en la esperanza.

El de mezcal y barro
que caminó conmigo hasta que el mundo

puso un enorme dique entre sus aguas y las mías
y separó para siempre nuestros cauces.

(Esas aguas también fueron al monte,
cruzaron los desiertos o esto no es verdad.)

Todos ellos dejaron sus cuerpos abrazados a la tierra.

A esta tierra donde yacen. Tierra donde los míos descansan
y me esperan para el final abrazo.

Canto por los que duermen poco

Duermen poco, sueñan barbaridades,
despiertan un poco antes que los gallos,
tienen sed, ningún lago de agua dulce
puede saciarlos.

Hablan de noche, ríen, se pelean
con un duende que jala cobertores
y les pone el sombrero en la cabeza
para que bailen.

Música escuchan siempre cuando sueñan,
lo aseguro, pues oigo cómo cantan.
Aun así descansan, de mañana
están tan frescos.

No hay insomnio en los niños. Un caballo
los transporta en la noche y nosotros
no podemos dormir, porque ese sueño
ya lo olvidamos.

Juego

Mi pequeño Pablo

sonríe con el niño del espejo
al descubrirlo.

Agita los brazos
y grita
ante la perfecta copia de su imagen.

No sabe nada del reflejo,
no adivina que el pequeño a quien sonríe
pudiera ser él mismo.

Por su parte,
el Pablo reflejado en el espejo
se mira en los ojos del Pablo que lo mira
y se refleja en los ojos
del que se refleja en los ojos
del que se refleja.
¿Pero cuál de todos estos niños
es el mío?

¿Quién es mi Pablo de entre los innumerables
reflejados?

A veces la pupila indica
con un brillo peculiar
quién es el verdadero.

Al observar detenidamente
comienzo yo también a repetirme.

Hasta que ambos existimos solamente en el espejo
y los de afuera se sorprenden
de su exacto parecido con nosotros.

Los abuelos del niño

Los abuelos del niño a caballo montaban,
por eso el niño trepa en los viejos sillones,
los arrea con los gritos que aprendió.
Sus caballos van a donde los lleva:
trotan, corren, relinchan.
Así cabalga el niño
por los sitios que aquellos abuelos le heredaron,
y por esos caminos llegará a los lugares
que sus abuelos nunca pudieron alcanzar.
Porque si así no fuera
no habría ningún sentido en tener dos abuelos,
o en trepar sobre el lomo de un caballo, o amar.

Todo ángel

Todo ángel, dice Rilke, es terrible.

Y puede convocar a una pandilla de ángeles
a compartir la punta de una aguja
y pretender volar hacia una nube inexistente.

Es terrible

porque puede dejar solo a quien protege
y en el batir frenético de alas
confundirse con los pájaros que emigran
o derretirse buscando un sol equivocado.

Sólo dos imágenes

Sólo dos imágenes

del adolescente en el espejo:
a la derecha un niño que él rechaza
porque ya ha olvidado
qué sueños lo tenían despierto
o cuáles mundos jugaban en sus ojos.
A la izquierda un hombre
que también él rechaza
porque aún no aprende
qué clase de reflejo
es el que lo hace ahora estar ante sus ojos.
Él mismo no aparece.
Aunque se encuentra enfrente del espejo
es sólo invisible fantasía.
El adolescente se figura ser
oscura soledad incomprensible,
un hueco inmenso
entre los dos que ha rechazado.

Ruidos

Para Nicolás

Un estampido atroz de búfalos y trenes.
La garganta del diablo: Foz de Iguazú, Brasil.
Es el motor de un bote, el mar de la península.
El rugir de un avión partiendo hacia París.
Pero a veces un grito destemplado en la noche:
El portentoso Niágara que un niño de diez años
mira, dibuja, inventa, imagina, desea
y se arroja atrevido desde un imaginario
barril que sobrevive y sonrío entre la espuma
del sueño impenetrable.

Estos años

padre no te importe si los otros se espantan
con tu hijo de ojos vivos y cabellos siempre desaliñados

LÊDO IVO

Desde Nicolás:

Padre, mis ideas no están sólo
en las notas que extraigo al piano,
taciturno mueble, conservador, oscuro,
al que le exijo actualizarse.

Mi pensamiento hace florecer las plantas,
abre las flores
y provoca que el limonero del jardín
dé limones más dulces y más grandes.

Mis ideas no se marchitan
como las flores del jarrón.
Mis ideas descienden la escalera en calzoncillos,
salen por la ventana de la sala,
se acuestan desnudas en el pequeño jardín
y lo vuelven tan inmenso como los sueños.

No te importe si convenzo a la noche
de dibujar conmigo trazos que son incomprensibles
para ti y los invitados a la cena.

Los cuadros multiplican sus colores
y los grabados en blanco y negro
delinean mejor sus contornos.

Los adolescentes somos los corazones del mundo.
O las manos de un Dios
escribiendo poemas para el mundo violento.

Los adolescentes somos el limonero que crece en el jardín,
los colores de los cuadros.

Hacemos florecer la vida
y por eso sorprendemos tu convicción adormecida,
tu olvidado anhelo,
tu ilusión domesticada.

Somos las melodías del mundo,
siempre capaces de hacer nuevos sonidos para ustedes,
comedidos oficientes de lo predecible.

Tus ideas también
bajaban la escalera en calzoncillos,

tu pensamiento se iba de casa,
tus ilusiones se salían en las noches a escondidas.

Padre, confía en mí,
que yo puedo ayudarte
a encontrar esos sueños nuevamente.

Me pondré la manzana

Guillermo Tell no comprendió a su hijo
que un día se aburrió de la manzana en la cabeza

CARLOS VARELA

Me pondré la manzana en la cabeza,
si aprendiste a tirar, en ti confío.
Y si aún no es el tiempo en que debías,
lo sabremos después de que dispires.
De cualquier modo,
me pondré la manzana en la cabeza.

Aquellos años

Felices días de junio escribí en aquellos años para ti.

El jardín de mi feroz adolescencia aguardaba tus primeros pasos.

En las noches de fiebre enloquecida,
las madrugadas de cuarenta grados,
te llevaba a la clínica de urgencia
sobre la grupa de ese ciervo herido
de mis primeros balbuceos en la poesía,
cabalgando jardines, avenidas y calles.

Pocos años después
los rencores de otros me impidieron
acompañar con mis ojos tu pelo que crecía;
acometían nocturnas amenazas,
embozados del odio me acosaban en la esquina del barrio.

Pensé volar contigo hacia otros continentes...

Un amigo juicioso me detalló el futuro:
con su dedo marcaba un riguroso compás frente a mi rostro.

No me apeteció pudrirme detrás de rejas y muros acezantes
donde insensatamente tampoco te vería.

Por eso respeto como a un héroe al hombre disfrazado
que trepó los muros del castillo de la reina
y exigió ver a sus hijos.

Lo reconozco y lo lamento:

No supe a tiempo vestirme de murciélago o de araña
ni tuve la atrevida agilidad de subir por las paredes.

Las horas de la noche ponían oscuridad a mis sentidos,
eran persistentemente dolorosas las del día.

Lloré en Madrid pensando en tu mirada,
y queriendo escuchar la canción de tu risa
mientras crecía tu pelo.

No había contado aún de ese sollozo,
ese llanto interminable que me atrapó en un año nuevo
y me ahogaba allá en la playa de San Juan del Sur,
muy cerca de Managua.

Era diciembre. Volvía junio. Era diciembre.

Era de nuevo junio. Otro diciembre.

Hice canciones

adivinando tu rostro en las paredes

como cuando de niña habías estado alrededor de mi guitarra:
“ella es quien persigue al sol así con pasos torpes,
libera mariposas de sus manos
y bebe junto a mí la madrugada;
ella es quien persigue al sol”.

Escribí tu nombre en mis poemas: yo no te olvidó.
Los poetas sí tienen memoria (lo escribió Carlos Cortés en Costa Rica).
El hombre es el único animal
que se apedrea dos veces con el mismo tropiezo.
Tal vez se edificó tu vida
sobre los cimientos de la simulación.
Con argamasa y ladrillos inexactos
te hicieron una habitación para el olvido.
Acaso el recuerdo se lanzó al vacío
desde el último piso de tu infancia.
Tal vez tus años transcurrieron observando
cómo los tapices podían envejecer.
Podríamos suponer que el tirol habría cubierto
el color de la verdad.

Ahora que los años ya habrán resquebrajado las mentiras
tal vez un día quieras trazar proyectos nuevos,
reconstruir sobre terreno limpio.
La verdad siempre anda sola,

deambula por ahí, indestructible,
hasta el día en que nos encuentra.

Veo ventanas abiertas, amplias y luminosas,
una amorosa puerta,
por si quieres subir mano con mano
la escalera que da hacia los días que vienen.

Celebración por el tiempo feliz de Sidney West

Para Juan Gelman

Un día de sol con mucha luz
iluminado el aire que Eduardo respiraba
claro inmenso el espacio
aire libre de esos veinte años
Para ser más luminosamente exacto
ese día de sol
Eduardo tuvo entre las manos
los poemas de Sidney
los poemas de West entre las manos
mismas que acariciaban una hija
que Eduardo tuvo en esos esplendentes años
cuando venía una tristeza acaso
o dos a lo sumo cada mes
sólo eso
y fulgurante sol metía el entrecejo
en el libro de Sidney del amigo Sidney
y las manos que pasaban dulcemente
sus palmas por la nuca de la hija
sostenían el Sidney
y los dedos que podían entretrejerse en los cabellos de la hija

pasaban las páginas del West una por una
siguiendo con los ojos los lamentos las muertes
mientras la hija feliz y muy pequeña lucía radiante
en el jardín corriendo tras los soles de ese día
todas las hijas
los hijos
niños
niñas del universo
tengan los Soles
todos los días
totales
tengan la luz
y Eduardo repetía las voces del Sidney las de West
de Juan del Sur
de Juan de oriente
del Gelman de todos los puntos cardinales
y ese libro se quedó en una casa
cerrada para siempre a Sidney West a Eduardo
con la hija sin soles sin soles sin soles
Hacia los veintisiete Eduardo caminó
las calles de Madrid
y en un lugar exacto llamado
Fernando VI número 17
compró una obra poética de Juan
la librería Antonio Machado iba soñando caminos
y Eduardo entonces habló suavemente con Sidney

y lamentó lamentablemente alguna ausencia pero sonriente
porque es exacta la palabra porque es exacta
y en la puerta del Museo Del Prado
luego de ver el perro semihundido en la arena de Francisco de Goya
lloró por los muchachos que no estarían ya nunca
por la hija sin los soles que él le procuraba
y junto a Don West Don Sidney el compadre Sid
aguantó varias cañas y coñacs y aullidos
en la noche ya fría de Francisco Quevedo
Ya los treinta venían con un pie en el estribo
y la hija no estaba
pero Sidney el viejo el amistoso
contemplaba los cielos subir hacia los hombres
y estrechar los abrazos
Ahora corren los perros persiguiendo las risas de los niños
y Sidney West impávido como el Zenzontle de Ramón López
[Velarde
repite sus músicas
Nacen los niños crecen como ramas de un poderoso y líquido
[ahuehuate
y el abuelo Sidney el abuelo que vino del oeste
cabalga en su neblina para cruzar los humos
avanzar entre el polvo y detenerse al claro
porque cuando aparece el viejo Sidney viene el joven West
irrumpan los hijos
los niños con sus soles

y la hija que vendrá
que volverá con su calor entero
y nuevamente vienen los rigores del tiempo
pero la luz la luz la luz
y este compadre Sidney este compadre West
y el Juan que compuso melodías con la muerte
y el Juan que detuvo a la muerte por los hombros
y este Gelman que nos da sus palabras sus soles
su compañero Sidney su compañero West
sus niños
numerosas edades en una sola mano
las manos que acarician el tiempo con ternura
y Sidney West de nuevo cantando con nosotros
tal vez una tristeza o dos ya en el extremo
pero vivo vivísimo en voces numerosas de todos los pájaros que
[supo inventar
Vuelen gorriones pobres y desnudos
palomas y zenzontles lleven a Sidney al aire refulgente
al cielo clarísimo que existe más arriba del humo y de las nubes
al espacio de más alto
al universo y al cielo más alto del más alto universo
lleven a Sidney West para que cante.

Celebración del hombre que despierta en un cuarto de hotel

Pudiera ser que un hombre se mire en el espejo esta mañana
y reconozca un amigo útil para conversar
Cuando le guiña un ojo aquel hace lo propio
le sonrío y el otro corresponde
Pudiera ser que de esa boca suya
salgan unas palabras
y el instante consista en pronunciar palabras sueltas
sin precisar de dónde vienen y cuál es su destino
Pudiera ser que en ese rostro
se muestren varias huellas de la vida
constancias de que el hombre ha visto el sol
y a veces ha temblado de frío y de soledad
Y puede ser también que no se muestren
otros testimonios del dolor
que habitan en su pecho
o los rastros de la usura que se alojan en sus manos
No hay evidencias claras para decir que el hombre es triste
Pudiera ser incluso que aquel hombre sea un alegre empecinado
y que en esta mañana reconozca en su rostro
un año más o un siglo

y vuelva a guiñar el ojo al compañero
y aquel haga lo mismo porque lo estima
y puede ser que emita sonidos guturales
como el hombre primitivo ante los sueños
como el antiguo azorado ante el trueno y el relámpago
Con esa boca suya
el hombre que se mira en el espejo
pronunciaría palabras sueltas
que para los otros no tienen ningún significado
y el hombre que tal vez pudiera
mirarse en el espejo
tendrá un secreto que lo hará sonreír
y entonces el espejo mostrará un hombre alegre

Celebración por el marlín de Aníbal Angulo

Pueblos bellos

pequeños

habitables

ahí los pobladores levantan su cerveza

y aprueban que los días transcurran impasibles

Pueblos donde el viento tiene nombre

y se lleva la luz a otros misterios

y cuando cae la tarde

una novia espera en la penumbra

Pueblos así ya no hay muchos

Pueblos donde el viento tiene nombre de pirata

Pueblos que dan al mar

apacibles como arena

que una muchacha deja resbalar entre sus dedos

Aquí la gente pierde el tiempo

haciendo cualquier cosa predecible

cambia el tiempo por la felicidad
y tiene mucho tiempo
Aquí es la paz
así le llaman y lo escriben con mayúsculas
pero no es necesario

Aquí es la paz
hay en esta península donde la paz impera
sitio también para el valor y el miedo
La aventura del hombre
tiene en el mar su origen

El cielo se reserva para otra vida
como una promesa inalcanzable
pero el mar puede vivirse sólo ahora

Salir al mar es siempre aventurado
no sabes nunca si podrás volver
pero asomas al día y la luz es tuya

Huele a mujer el viento
en el agua trazarás la línea que puede capturar un pez enorme
alegre alegre alegre bailarás sobre cubierta
derramando cerveza
Concédele más espuma al mar

Las ballenas se aparean o paren cada año
en este mismo mar

Se arroja un buen anzuelo
una herida que sangre entre las olas

La quilla marca rumbo hacia el delirio
la voluntad está prendida de ese anzuelo
y la paciencia se mece con el mar
El afectuoso mar

Varias horas inmersas en azul
con un cercano sol que incendia tu pellejo

El aire suave reconcilia con el mundo
da consuelo al navegante
Un bravo león marino
reposa sobre las rocas lisas
en su hocico dormita el tiempo de la espera
su sonido delimita el lugar de sus hembras y sus crías
las rocas forman figuras caprichosas
y soportan impasibles la intemperie

La humildad es un pelícano atrapando su alimento

Así viajábamos
El anzuelo arrastraba aquel engaño de colores
navegando en círculos muy amplios
Cuando ya volvíamos al muelle
sin derrota
sin tristezas pero también sin pesca
zumbó el anzuelo
y comenzó a correr la línea alejándose del barco
chilló el sedal
cuando escapaba veloz
hacia el océano más profundo

La lucha empieza
¿Qué fondos tocará un vigoroso marlín
atrapado por el fatal engaño?

He dicho la verdad
Ya he tenido ese sabor conmigo

Ya he soportado el temblor de decir la verdad
Ya he pasado alguna noche insomne
con una gran verdad que he de decir mañana
para hacerme la vida más amable

El magnífico ejemplar saltaba
haciendo las astillas
que cantaba Gorostiza

Resistiendo a la muerte
en las aguas del reposo

Y en los brazos la espalda las piernas
brilla el vigor del que pesca

Es la lucha final del marlín
entre la sal y el sol como agonía

En el dorso del agua las arrugas del viento
son señal de la calma que a veces se aproxima

Cuando la tierra firme espera
tu recompensa es un enorme pez

Has aprendido más de la admirable muerte
Has aprendido una vez más de la admirable

Pueblos marinos
bellos y apacibles como sus madrugadas
el esfuerzo es inmenso
pero te da la paz

En tu rostro el sol
ha delineado la aventura
levantarás otra cerveza todavía
y aprobarás que los días sean apacibles

Pueblos bellos donde el viento tiene nombre
donde tiene nombre el mar
y en un enorme pez
habita tu aventura
tu recuerdo
tu afición a la vida
tu afecto hacia el que pesca
en el inmenso mar

Hacer una pirámide

Iban subiendo a palmos las rocas, lentamente,
poniéndolas encima con adecuado esmero
y los más viejos daban su lugar a los jóvenes
con la certeza:
sólo los hijos de los hijos de sus hijos
podrían llegar hasta el final.
Entonces la pirámide crecía bajo un sol limpio
con la alegre confianza de que habría un futuro.
La cúspide alcanzaba a los atardeceres
cuando en invierno el sol se oculta más temprano.
Y cada uno hacía su faena silente
sin pensar en la fama,
sabiendo que el final jamás le tocaría.
Ni a sus hijos ni a otros (hijos ya de sus hijos).
Encimar esas piedras era confiar, creer en el futuro.
Todos.

Paisaje para Manuel Cebado

Los indios Tapalehuis viven sin tanta prisa.
Al poeta celebran, mas no como poeta;
en realidad se trata de uno más de los suyos:
No le regalan nada.
Y el poeta trabaja como todos los otros;
recolecta verduras, siembra, canta, tiene hijos.
Nunca piensa en dejarlos para hacer sus canciones.
Podría tener un día una mujer morena
que lo amaría bellísima con su piel tan süave
y con sus grandes ojos lo vería con dulzura.
Ninguna joven dura joven por muchos años,
el poeta lo sabe pues también envejece
porque sabe que el tiempo corre igual que los ríos.
Se bañan en un río los indios Tapalehuis
y ahí también se bañan los cantores. El agua
corre, avanza, se pierde atrás de no sé dónde.
El poeta reúne con el agua de todos
una voz. Y se moja
viendo las nubes cómo se deshacen arriba.

El oficio del río

Es oficio del río

descifrar el secreto del agua.
A los hombres del mundo,
las mujeres, los niños,
corresponde también
descifrar el oficio del río.

Como un río nacemos,
sorteamos peligros,
nuestro cauce se ensancha.

Otras aguas nos hacen crecer:
manantiales y lluvias,
hilos de agua,
nos nutren el cauce imperfecto
que avanza y avanza
extendiendo su curso.

Y aquí vamos
al encuentro de un mar
que es el sueño de todos.

Retablo

Para Manuel, mi padre

Explicaciones

por eso padre fuma un poco de tabaco
para descubrir que la pared
tiene colores iguales al pueblo en que nació
o aromas iguales al pueblo en que nació
o rostros o promesas o lluvias
iguales al pueblo donde nació y creció
y por eso padre fuma cuando está solo
y ve llover en la pared
como en el pueblo donde nació o corrió desnudo
y siente en la pared los ruidos de su pueblo
y miente
porque al fumar
no mira llover en la pared
sino que llora cuando fuma
y la pared se aleja en su mirada
se aleja de sus ojos

Flashback

Galopaba mi padre en su enorme alazán.
De súbito frenaba y volvía hacia mí,
Sorprendido testigo a la sombra del árbol.

Un hermoso caballo era aquel: ejemplar:
Orgullosa la crin y convencido el trote.
El mejor animal que había en esos parajes.

—Pero mi padre anhela conseguirme
Uno mejor aún.
Para el día en que yo cabalgue solo.

Cabalgando

Puede alcanzar mi padre de súbito el silencio
y después recordar un nervioso caballo
y andar con él por toda su memoria
y echar un pial al terco becerrillo
y poner hierro al toro con la marca candente
y lazar al galope con soga vigorosa
y diestramente dominar al sueño
despertar con el canto de un gallo amanecido
y beber agua clara en un pozo profundo
y con tanta frescura
trepar a la mañana
montar a pelo el día
andar ligero
hasta que una ciudad terrible lo reciba
con un fuetazo en el rostro
y un paisaje que acaba
a pocos metros de sus limpios ojos

Los hombres que montan a los broncos con firmeza
saben tener el corazón dispuesto

Por eso con mis versos he de dar a mi padre
un animal enorme
cuatralbo y brioso
y lo hará relinchar
y habrán de verlo ustedes con la rienda segura
—luminosa y noblemente—
cabalgando sobre el humo

Soneto

Tal vez este soneto pudiera revelarme
los misterios de un árbol y su ardilla,
mojarse en aquel río y alcanzar otra orilla
sin ahogarme, de veras sin ahogarme.
Un fuerte golpe, artero, tal vez pudiera darme
debajo de la última costilla,
o con aguja infame o candente varilla
secamente el pulmón desbaratarme.
Quién sabe lo que piensa mi padre en el secreto
de su arrítmico lecho de hospital,
recordando su ardilla y aromando su abeto,
sumergido en las aguas del final.
No me revela nada este soneto
que no es ningún soneto, respira mal, muy mal.

Encuentro

—Hijo mío, cruzaré el desierto.

—Llévame, padre.

—No, no ahora.

El sol es fuerte y el trayecto pesado,
no hay agua,
el cuerpo puede volverse arena.

—Hijo mío cruzaré los mares.

—Llévame, padre.

—No. Los mares son profundos,
se reblandece el cuerpo y se disuelve en ellos.

—Hijo mío, cruzaré las nubes.

—Llévame, padre.

—No, el cuerpo ahí se hace de viento,
se dispersa en esa inmensidad.

Cuando yo vaya, padre, te encontraré.

El recuerdo es intenso y no desaparece nunca.

Oraciones

I

“Sólo fui un obstinado de la vida;
no perdí nunca el tiempo, él me perdía
al transcurrir sin pausa, inútilmente,
y por tener conceptos infinitos”.

II

Si sueño que despierto, si en el sueño
permanezco dormido y no despierto
y continúo soñando,
tan sólo llorará quien me recuerde,
como he llorado yo
cuando está en mi memoria quien, ausente,
no veremos de nuevo en este mundo.

III

Aún no he terminado de llorar por mis muertos;
tengo un nudo desnudo en la garganta
porque no he terminado de llorar por mis muertos.
El pecho acorralado,
temblorosas las manos,
mi respiración da cuenta de que no he terminado.
En mi memoria viven todos ellos.
Mi memoria no acaba de llorar.
Aún no he terminado de llorar por mis muertos.

Con frecuencia ese niño acude
hasta el recuerdo de un hombre

Con frecuencia ese niño acude hasta el recuerdo
de un hombre. Maromero estupendo, de un salto
ocupa el escenario, limpia el polvo y encuentra
al formidable abuelo en un sitio recóndito
y comienza a contarle otra vez esa historia:

Ay, abuelo, yo observo acercarse a tu sombra
algunas aves raras que picotean tu olvido,
alimentan sus crías con lo poco que encuentran,
y se marchan al vuelo, pero nada se llevan.
Nunca he visto que tengan afición por el nido.

Yo sólo quería hallarte con mi propio silencio,
descubrir un insecto en el hueco del árbol
y combinar colores como azul y amarillo.
Sorprenderme en el verde, y sumándole el rojo
colorear esas flores que crecen en las criptas.

Ahora te pregunto: ¿cómo llamas a aquella
soledad navegable donde el niño avanzaba

remando duramente con los brazos, y cómo
al escenario negro donde el niño se esfuerza
por hallar claridad? Cuando estaba yo adentro
en lo oscuro escuchaba un canto que salía
de una voz encendida. Un punto luminoso.
Aquel húmedo hueco solía moverse rítmico,
daba en su golpeteo señales del futuro,
eran las venas tuyas profético camino.

Yo siempre estaba alegre y —supongo— soñaba
sin el riesgo de abrir un momento los ojos.
(No es igual a tu vientre, sin embargo acurrúcate
madre. En este poema descansarás en tanto
que puedan mis palabras retenerte en su sangre.)

Él nació un año antes y fue en el mismo sitio
que al avistar las luces tal vez ya no era nada.
Nací un año más tarde y conservo los ojos
que el hermano que digo me dejó como herencia
para que yo vea cosas lo más lejos posible.

(Nacimos par de gentes, simultáneos, idénticos,
era la misma madre, y en un amplio suspiro
salvaguardar intenta nuestro mutuo pellejo
al lavar nuestras manos, pequeñísimas, blandas,
y pasar suavemente la lengua por nosotros

dejándonos brillantes, bien caracterizados
para el grandioso evento.
Y ay de aquel que respire el hongo venenoso.
Pusieron a pequeño par de gentes a salvo
de los gatos y algunos peligros de piel negra
y otros muchos peligros.

Usté lo quiso, unimos esfuerzos para ser
un solo gente, pero no convencida madre
que al final toda pérdida —olvido— es dolorosa,
en entender convino que algún felino hubo
hecho alimento de uno de estos dos simultáneos
y heme aquí entre la daga y el ladrillo, cercado,
averiguando quién reporta la noticia.
Ignoro si yo mismo, o es usté quien lo hace.
En el segundo caso yo debo irme de prisa,
localizarme debo en medio de lo oscuro
para no confundir al que acaso penetra
lentos ojos delante estas simples cuestiones.)

Y madre cuenta y cuenta, cuenta la noche, cuenta
estrellas, y el dinero de otros ella lo ordena
en un cajón ajeno, encorvando la espalda,
poniendo grandes ceros en las cuentas de otros
mientras su espalda joven continúa contando:
el universo, dicen, tiene miles de ceros.

Si a los hijos mayores corresponde el silencio,
aprender a decir es su eterna batalla:
habrán de padecer oscura habitación
y padecer su miedo hasta volverlo canto;
también han de sufrir el polvo en carne propia,
contemplar a los viejos confusa y largamente
y no esperar respuestas, sino rastros y signos.

En el rincón del cuarto había un presagio negro
donde podía posarse la mariposa oscura
para que el mal agüero asustara al pequeño.
Por eso yo he traído a este lugar la escoba,
por escudo una almohada maltrecha y descosida.

Soy guerrero valiente, los ojos de mi hermano
me quitaron el miedo. Abriré la ventana
y apagada la luz tiraré varios golpes
contra el rincón polvoso y haré que ese presagio
herido vuele y choque y se reviente contra
el farol encendido de la calle. Después
de dejar bien cerrada la ventana, la luz
encenderemos juntos y habremos de abrazarnos.

Un hermano que llora parece que pusiera
una loza en mi pecho, espino en mi garganta.

No me pesa el silencio aunque carga recuerdos
y el que en ellos hurgaba se marcha de repente,
luego arrecia la lluvia detrás de la ventana
y comienza a escurrirme por la espalda una antigua
tonada de la infancia que repito silbando.

La memoria

La materia del canto es la memoria,
no lo que viste, pues el ciego entonces
no cantaría jamás.

Y no es lo que escuchaste, pues el sordo
no hubiera escrito dolorosamente
aquella sinfonía con los coros
que hacen estremecer tu corazón.

Y el tacto, que es efímero,
decide trasladar a la memoria
lo que ha convenido que se toca.

Hoy puedes aromar la sopa de habas
que solía recordar López Velarde:

No hay plato alguno y nadie guisa,
pero el sabor se guarda en tu memoria
y lo degustas siempre, silencioso.

No debes olvidarlo. Es evidente:
la materia del canto es la memoria.

En el sueño la imagen

En el sueño la imagen se advierte en blanco y negro:

es un espacio incierto, igual que las palabras.

Los ojos adivinan de aquel cuerpo el contorno,

las sombras, los oídos. Los odios dan aromas.

El que sueña no sabe por qué tanto alboroto:

¿quién, intruso, introduce el uso del temor;

quién atisba y observa lo que el sueño desarma?

¿Todos tienen derechos para entrar a tu sueño?,

pero el sueño, cuidado, es solamente un sueño.

Habrás de despertar y negarte. Negarte

a que haya cancerberos cuidando lo que sueñas.

Pero todo era un sueño, sudoroso recuerdas

que ayer te recostaste en esta misma cama,

que eres tú y es tu misma habitación.

Por eso estás contento.

Miras a tu mujer dormida,

apacible y desnuda como el volcán cercano

que descansa al oriente, detrás de tu ventana.

Y repentinamente no sabes si ella es otra.

Miraste otras espaldas,

nunca creíste que dudabas, confundías o mezclabas
la memoria y el sueño.
No despiertes entonces.

Poema del film

Este poema no es un film.

Por eso no ven la playa
ni una adolescente
que se moja los pies.

Ni su piel asoleada, morena.

No es un video.

Por ello no está grabada la sonrisa
de la madre que cuida a su pequeño en la arena.

No verán la carrera de esos dos jovencitos hacia el sol.

Sólo palabras llegarán a ustedes.

Las imágenes habrán de realizarse en su cabeza.

Si algún sentimiento existe en el poema
se expresará en ustedes. Dentro de ustedes.

Si pudieron ver la playa
y la muchacha que se moja en el mar,

saben ya el color de su traje,
adivinan el tono de sus ojos;
advierten el largo de su pelo,
reconocen su silueta.

Y si nunca hubiesen visto una playa
ni unos pies que se mojan en la orilla del mar,
pueden imaginarlo.
Puede existir este poema
si sus palabras hacen
sentir a ustedes.

Y si nada sintieron,
si nada imaginaron
si estas palabras
no constituyen un poema
ha sido solamente tiempo perdido.

Tiempo sin playa y sin muchacha
que ustedes han perdido irremediabilmente.

Niños exiliados

La guerra opone su sonido a la belleza.

Un cuchillo era la guerra,
les abría en dos el pecho, justo a su lado izquierdo.

¿Esa palabra pudo avasallar su anhelo?

¿Encender en sus labios una hoguera final?

¿Impedir que la vida

se expresara tan plena como un árbol frondoso?

¿Era el futuro un roble

derrumbado por trombas feroces y falaces?

La guerra, guerra, guerra.

Así sonaba el miedo, y el olor de la muerte
venía en amargas ráfagas de viento.

Hombres armados con la sed del odio
cubrieron las veredas.

Los senderos floridos pisoteaban.

Nunca se detenían. Quebraban los caminos
como víboras que salen de las piedras.

Conflictos de lagartos que en su mimesis portan
la rugosa corteza de un árbol riguroso,
habitante del margen del caudaloso río.

Serpientes silbadoras y seseantes,
simple símbolo del mal.

*El niño tiene en lo oscuro
una pesadilla extraña,
ya no es la tierra de España
la que le ofrece el futuro.*

Su infancia terminó cuando sonó un disparo,
aprendieron los nombres feroces de la guerra,
conocieron el hambre, las cárceles, el odio.
Hombres necios y oscuros sombrearon su ilusión.
Un globo un día se suelta de la mano del niño
y llega aún más lejos que el dolor y recorre
los parajes que son sembradíos de cadáveres.
Alguaciles del odio, Oficiales del miedo,
te ultrajan la memoria y rasgan tu bandera.
Al estallar el cielo, la península ibérica
no tenía esperanzas para rehacerlo pronto.
Cruzaron el océano que se oponía a la muerte,
era su padre el barco, su madre era una tierra
que iría a recibirles (ternura, esa palabra
difícil de sentir). Mas no había alternativa
en aquel continente viejo para sus sueños.
Y por eso llegaron a hacer su biografía,
a no dejarla trunca, a seguirla escribiendo.

Crecieron. Su memoria optó por estar viva;
tuvieron que inventar otra vez el olvido,
la nueva geografía de su memoria nueva.
No pudieron volver. ¿Enterraron el alma?

*La niña borda en la estancia
un pañuelo, hile que hile,
va haciendo un mapa de Chile
para recordar su infancia.*

Suspendieron la ronda súbitamente. Hirieron
su memoria con esa huella violenta, soplo
de un viento venenoso. Bruscamente dejaron
aquel septiembre intenso, al sur del continente,
en el aire su salto sin tocar la rayuela.
Transformaron más tarde sus juegos, sus palabras;
otra cultura entonces les abrigó los sueños.
Mucho tiempo buscaron en las botas del padre
el abrazo de siempre, el paseo nocturno
que los niños retienen como un recuerdo limpio.
Botas en ese tiempo sucias de lodo, secas,
arrinconadas botas, tal vez en esa hora
iba descalzo el hombre, el legítimo dueño,
perseguido, acosado. Las huellas de los pasos
de aquel hombre obstinado en alcanzar los pájaros
que vuelan cada día de la montaña al mar,

estaban en su alma grabadas firmemente
como un amor o un sueño. Aprendían a mentir
esos niños de entonces. No habían visto a su padre,
no sabían si había muerto, dónde andaba su anhelo,
qué vinos o qué trenes tomaba clandestinos
procurando la vida. Mas sabían que algún día
tal vez verían de nuevo a ese hombre calzando
las botas, y ofreciendo entrañables caricias.
La moneda en el aire no les favorecía,
las delicias estaban escondidas al tiempo
de las buenas cosechas, de la vid generosa.

*En una canción distinta
un muchacho se empecina,
quiere escribir Argentina
y no le alcanza la tinta.*

Ese muchacho iba con ritmo adolescente,
despreciaba los frenos como un James Dean austral,
tocaba en la guitarra aires del cono sur,
tableteaba en las cuerdas el sonido del humo,
en su memoria estaban otros acordes nítidos,
persecución acaso y un padre que se iba
al revés de las aves, compuesto el corazón
por una extraña mezcla de miedo y de nostalgia.
Épocas de hace poco, cuando pensar costaba

la vida nada menos y había que prevenir
estos tiempos terribles porque el futuro era
un lugar impensable y el pasado tan sólo
lo que habíamos pensado. El presente, severo
cuestionador del tiempo (que no existe, por cierto).
Pero el muchacho estaba sin lugar en el mundo,
era un poco del sur, un poco de ninguno,
los puntos cardinales ya se le habían perdido,
su brújula no era, su corazón latía.
No sé si decidió arrojarse al vacío
o quiso hallar el sur debajo del asfalto
o pensó que podría sobrevivir de nuevo
como en las otras veces, cuando pudo lograrlo.

¿Y la niña dónde estaba?

En un girasol sonriente

meciéndose lentamente

con un ritmo que no acaba.

En el amor crecemos, sin embargo, y no obstante
en cualquier territorio puede crecer un niño.
En islas, por ejemplo, donde a veces resulta
que el anhelo de un siglo se consume.
En continentes ásperos, montañas altas, viejas,
torres imaginarias en medio del océano.
Se cuenta que los pájaros van al sur cuando el frío

entumece sus alas y hiela su canción,
pero a dónde estas aves van a ir cuando hicieron
su nido entre nosotros. El pájaro exiliado
no era de algún lugar, era de todos, era
de ninguno, o era de algún lugar, quién sabe.
Una marca en un árbol, escondrijos de ardillas,
nueces, tal vez manzanas, piedrecillas redondas
que arrojaban a un lago para mirar las nubes
(ahí se reflejaban en círculos concéntricos).
Las historias se tejen. Algunos sí volvieron.
Creo que fueron los menos (No los nombra la piedra).
Sólo el silencio dice qué viento trae su aroma.
Se fueron. Sólo eso. Fueron innecesarios
los lamentos, las quejas, todo el llanto reunido.
Regresar es morir, igual que no volver.

*¿En dónde estaba la niña?
en una piedra del río
lavándose las mejillas
y el agua le daba frío.*

Ay, Dolores España, qué nombre más doliente
para cualquier abuela. En Picasso se expresa
un nombre como ése. Ahí viene mi abuela.
No conoció la patria que llevó en su apellido
ni tuvo la fortuna de viajar. Sólo pudo

navegar en un lago un poco a la deriva,
exiliarse en su alma, cubrirse con el polvo
para fundar su estirpe. Lindos ojos azules
que miraron la noche para entender la luna.

Coplas para Rafael Alberti

(A la manera de Juan Panadero)

Alberti, cuánto has tardado:

Te demoraste una vida
En regresar a lo amado.

Eres marinero en tierra,
Que viajaste con el viento
Empujado por la guerra.

Con el corazón exploras,
Porque aún en el exilio
Está abierto a todas horas.

También canta el ángel mudo:
Buenos o desengañados,
¿Los ángeles son escudo?

La juventud pasa pronto
Y lo que el poeta ha visto
¿Lo hace convertirse en tonto?

El viento trae un aroma
De la arboleda perdida:
¿Se equivocó la paloma?

¿Tantos exilios había
Para volver a tu cuna?
Ya estás en Santa María.

Beberé un vaso de vino
Con todos los exiliados
Que caminan su destino.

Y, celebrando a Picasso,
Los colores de la guerra
No van a ensuciar mi vaso.

Alberti, te invito un vino:
Bebámoslo con los ángeles
Que te indican el camino.

Junto con Juan Panadero,
Déjame cantar contigo:
Hoy quiero ser tu escudero.

Para Ernesto Gutiérrez

Cuando Ernesto Gutiérrez me habló de Mallarmé
caminando Reforma, me gustó Mallarmé,
los adioses, las iras de los dioses antiguos.
Nos despedimos luego y Ernesto me decía
que uno no sabe nunca si ha de volver a verse.
En Managua comimos gallo pinto, en su casa.
Más tarde yo me fui y Ernesto me decía
que uno no sabe nunca si ha de volver a verse.
Años después, no muchos, en Brasilia busqué
a mi Ernesto Gutiérrez. Y no he de verlo más.
La tierra ya lo tiene igual que a las semillas.
Uno no sabe nunca si ha de volver a verse.

Un poema para Efraín Huerta

Irresponsablemente

felices, Efraín, fuimos nosotros.
Solíamos al sol salir desnudos,
irrumpir en la tarde y enredarnos en ella,
romper tu intimidad.
Cuando lean estos versos los muchachos,
recordarán momentos:
Un cocodrilo que dormía en la orilla
junto a un árbol austero,
con las fauces abiertas, mantenía una parvada
en alborozo intenso.
Un pájaro comía de sus dientes,
otro más picoteaba en su piel de corteza.
Algunos intentaban ejercer, indecisos,
sus trinos confundidos.
Irresponsablemente
felices, Efraín, fuimos nosotros.

Biblioteca de José Luis Martínez

Aquí no hay muertos.

Ramón, a la mitad del foro,
lee un poema con sabor a chía y ajonjolí.

Rulfo vino a buscar a Juan:
un instante de luz en las palabras.

Gorostiza envuelve en llamas
la soledad de los pasillos
por donde José Luis Martínez,
bibliófilo celeste,
coloca libros detenido en el espacio,
suspendido en el tiempo.

El alma se hace enorme,
el hombre empequeñece.

Ramón López Velarde

Una gitana sabe que el futuro
tiene una asfixia agónica en tu mano
y danzando te irás, siguiendo un piano,
hacia el melódico horizonte oscuro.
Con el gélido aliento de la calle
se hiela tu esqueleto atribulado;
a la mujer de negro has contemplado
en la letal atmósfera del valle.
Un lacónico caballo de ajedrez
a la grupa te lleva hasta Jerez.
El diplomático ataúd aguarda
a tu escuálido ángel de la guarda.
Y en una tumba atroz del cementerio
ejecutas tu danza y tu adulterio.

Muerte de Rilke

¿Dónde leí que Rainer María Rilke murió por la
infección que le produjo pincharse la mano con la
espina de una rosa?

La rosa no viene a mi poema,
viene la espina de la rosa.
Pero no llega hasta el papel la espina,
se clava en la palma de la mano
de Rainer María Rilke.
De ahí brota una gota de sangre
y se escurre a mi poema
una mínima rosa.

Fray Luis de León

Fray Luis de León

desde la celda oscura
mazmorra miserable del rencor
piensa los versos luminosos
que traen hasta sus ojos un íntimo paisaje

El carcelero se asombra
pues la noche
cubre su tedio y su cansancio
y en la obstinada oscuridad
la celda irradia luz

La mesa del escribano

“No soy un escritor,
soy un escritorio”,
habría trazado Pessoa
con un íntimo ritmo marítimo
en el papel amarillento como un mapa
sobre la mesa hostil
donde escribía
las cartas comerciales
de su supervivencia.
Y Álvaro de Campos habría pensado:
“no soy una persona,
soy un personaje”,
mientras Fernando escribía
en su escritorio múltiple
las voces más expresivas del convulso siglo.
“No soy un viaje,
soy un viajero”,
habría dicho Ricardo Reis
cuando marchábase al Brasil
con su Fernando Pessoa en el corazón

para perderse
en un continente de rostros misteriosos,
aparentes y vagos.
Y Caeiro, el maestro,
habría reflexionado:
“no soy auténtico,
soy idéntico”,
en su afán de diluirse
en la naturaleza
mientras Fernando abría los sobres mercantiles
y preparaba respuestas lógicas, triviales.
Pero en la mesa comercial del escribano,
mientras un barco de carga sorteando la tormenta
traía su salario
para el oporto y la tinta,
aparecían más nombres de hombres verdaderos.
“No soy este instante”, habría escrito
Pessoa,
“soy el tiempo”.

Persona, personae

Disculpe usted Fernando, su Persona de múltiples poetas,
Simulación, amaño, sin duda es fingimiento literario.
Usted pensaba, creo, que al tener en la sombra la poesía
Que hicieron acuciosos heterónimos, podría aclararse entonces
Muchos rasgos de sí, de su lirismo congénito, locura
Heredada, por cierto, de la abuela paterna y encubierta.

Bendito sea el que tiene la locura a flor de piel, herencia
De una abuela sencilla, tejedora, cantora de voz blanca,
Siempre afinada y dulce, de ojos maravillados en azules.
Secreto sotto voce de la casa, de la familia lúcida.

En fin, Fernando Esquivó, hombre sin rostro que decían los críticos,
Confesado y agudo indagador de signos y apariencias,
Degustador de moscatel y oporto, ridículo, frenético:
Su rostro inexistente, disculpe usted, Fernálvaro, Alricardo,
Se convierte en la mueca que se burla de este mundo aparente
Igual que un niño retraído a bordo de un barco imaginario.

Por la ciudad anónima y silente, ven pasar las personas
A un poeta que lleva cuatro sombras con él cuando camina
Dirigida una a una, al Occidente, al Norte, al Sur, al Este;
Los circunspectos puntos cardinales... Un sombrero y su sombra.

Una foto en la portada

La biografía de Fernando Pessoa, de João Gaspar Simões, refiere la desaparición “en circunstancias misteriosas” del mago inglés Aleister Crowley el 25 de septiembre de 1930. Después de un nutrido intercambio de correspondencia con temas astrológicos, Crowley había llegado al continente a principios de ese mes para encontrarse con Pessoa —o con Alexander Search, el Pessoa que escribía cartas astrales—. Existe una fotografía de ambos en un café de la capital de Portugal. Nadie supo entonces bien a bien si el “mago”—así llamado por Simões— desapareció o si había muerto. En los días posteriores, la declaración del poeta fue publicada por *Notícias Ilustradas*, un diario de Lisboa.

Se entiende la consensuada broma heteronímica del poeta al leer que Crowley murió en 1947 en el sur de Inglaterra, ahora sí en circunstancias imprecisas, varios años después de la muerte de Pessoa. Aleister Crowley aparece en la mítica portada del disco de The Beatles, *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*. Arriba, en la primera fila, es el segundo a la izquierda.

Y cada foto en la portada es una biografía.

He aquí al maligno Crowley;

desde la isla poderosa

donde las brújulas marcan lo que el imán decreta

navegó hacia el continente,

un poco al sur,

un poco hacia la mano con la cual escribía cartas astrales

y maneras de mirar el lado oscuro del actual universo.

Venía rumbo a Lisboa,
puerto seguro de los Fenicios.
Al-Ushbuna para el árabe vecino.
Según los griegos: Olissipo, Olissipona,
voz tal vez derivada de Odiseo, el Ulises romano,
navegante.
Navegantes, en fin, los portugueses.

La Olissipona del latín vulgar
que supo decirlo todo a su manera
para enseñarnos a decir las cosas,
se convirtió en Lisboa.

Y Lisboa era el destino de aquel mago
de la Gran Bretaña
convocado por Fernando Antonio
—prototípico Géminis
que eclipsaba su Júpiter con su genio creativo—,
nieto de Dionisia,
la mujer que conversaba entristecida
con la sombra del espejo
y asumía gestos excéntricos
de los que no hay testimonio
—nacido el 13 de junio,
día de San Antonio de Padua,
que es en verdad San Antonio de Lisboa—;

tataranieto de Sancho Pessoa da Cunha,
condenado por la Inquisición en 1706 a la hoguera.

En fin, “la bestia” Crowley venía entonces a Lisboa
emplazado por Fernando, el portugués
navegante de horóscopos y océanos enigmáticos
que en su correspondencia refirió
la carta astral del mago
a la que había encontrado
inexactitudes en sus trazos.

Este demonio, el mago inglés Aleister Crowley
—despellejó un gato cuando niño y cuando hombre
subió las pirámides de Teotihuacán
y habrá ingerido hongos en la alucinante sierra de Oaxaca—,
llegó a Lisboa a visitar a Fernando:
Todo puerto es una nostalgia de piedra.

Pero el barco de Crowley no podía atracar,
el temor del múltiple poeta provocó neblina
y al menos cuatro miedos del tamaño de un hombre
se juntaron ese día:
El miedo es un temblor de piedra.

Tal vez el horóscopo en Géminis
mantenía a los gemelos alegando;

eran Álvaro o Ricardo
trastornando a Fernando Pessoa:
Todo horóscopo es un puerto de neblina.

Después del café, el vino del puerto,
revisar las cartas y aceptar las versiones,
Crowley se perdió en el país peninsular
con la bella mujer inglesa o alemana
que había viajado con él para el encuentro
del que existe un testimonio fotográfico.

Fernando fue requerido por la comisaría.
El biógrafo de Pessoa quedó impresionado
pues no supo si Crowley había muerto en Portugal.
Los biógrafos no saben lo que pasa en la vida de las gentes.

Pero el mago reapareció nuevamente en Gran Bretaña:
La nostalgia es un barco de piedra.

Se asegura que murió:
las personas siempre mueren.

Y para Crowley hay múltiples opciones:
o bien acariciando la cabeza de un lanudo merino
en las tierras escocesas vestidas de lana a cuadros,
o en una cama amable y soñolienta.

Quienes lo odiaban sugirieron que merecía tener dolores,
estertores que hicieran más agudo y doloroso su final.

Quienes lo odiaron menos insinuaron
que al lado de su cama una joven mujer
lo escuchó decir sus últimas palabras.

Lo cierto es que el mago inglés que complicó a Pessoa,
dejó huella de su paso,
y en Lisboa, bella provincia de la Europa,
capital del país que mira a los océanos
desde el perfil de un hombre absorto,
se hablaba de la desaparición de Crowley
y Fernando declaraba en la comisaría.

Y quién iba a decirnos que como parte
de ese club de corazones solitarios
del sargento pacifista que nos hacía estornudar
en ese alucinante soundtrack de la primera juventud,
el 13 de junio de cualquier año, cumpleaños de Pessoa,
vemos a Crowley aparecer en la roja portada de los Beatles:

Es el segundo, arriba, hacia la izquierda,
el que sonrío para ofrecer con ironía

a toda la banda de los corazones solitarios
la posibilidad del temor.

Y al mirar la portada pasa la niebla.

Johnny Weissmuller

El molinero blanco

cruzaba el lago Michigan
en el helado invierno
sólo con la fuerza de sus brazos
y el poderío del cadencioso pataleo.

Era un niño empapado
en el agua aventurera de sus fantasías
cuando en Holanda soñaba
que había sido tragado por el mar.

Lo cierto es que el mar lo transportó en su lomo,
lo devolvió al continente americano
y él aún no sabía
que llegaría a ocupar un lugar sagrado de la selva.

No era todavía el Tarzán de andar de simio y grito tirolés
que después cruzó la vida a nado.

El joven nadador
había llegado desde Rotterdam
en un barco que tenía ese mismo nombre.

Cada mujer que tuvo atravesó junto con él
piscinas de profundidad distinta:
Johnny poco a poco aprendió a convivir,
y con cada una
su tiempo de resistencia bajo el agua era mayor.

Muchos años más tarde, en Acapulco,
senil y enfermo,
Johnny miraba la piscina de su casa,
con el deseo de hacer una última inmersión.

El agua reflejaba a Jane desnuda
y el anciano Tarzán contenía el aliento.
¿Por qué un hombre que alcanza ocho décadas de vida
no puede hundirse en las aguas del final?

Si en el líquido nacemos en esa agua habremos de morir.

Tarzán observa insistente la piscina.

¿Por qué no permitimos todos
que Johnny Weissmuller, molinero blanco,

se introduzca en la piscina de su casa,
que espejea como un lago fraternal,
y ahí en el fondo obtenga al fin la merecida paz?

Un trotamundos

El anciano astroso, sucio,
viendo al horizonte desaliñado
manchaba las calles de Miami;
enviciaba la vista esplendorosa de las calles.
Y a las buenas conciencias eso les resulta mal.

Traía un sombrero andrajoso, dicen algunos,
era un panamá, era un bombín,
una gorra de beisbolista
como la que usaba Sandy Koufax allá en la costa oeste,
decían los mayores.
No, como la de un joven pitcher de Dakota,
dijeron los más jóvenes.
Era hacia atrás como un harapiento vendedor de helados.
O como las del quarterback de los Miami Dolphins.
O bien torcida hacia la derecha como los raperos.
O a la izquierda.
Y a las buenas conciencias eso les resulta mal.

O era exactamente un sombrero al estilo de los gánsters,
así vestía Al Capone su sombrero,
otro tenía el viejo Sinatra,
cuando en los bajos profundos de Ol' man river
alcanzaba el inframundo
y las botas de Nancy taconeaban en el centro de la ciudad.
No se distraigan.
Y a las buenas conciencias eso les resulta mal.

Era un vagabundo arrastrando los pies
por las calles de la bella ciudad soleada.
Y a las buenas conciencias eso les resulta mal.

La policía detuvo al viejo enjuto, esquelético, exiguo;
encontraron en los bolsillos de su saco raído
algunas hojas garabateadas
y dobladas en cuatro con descuido.
Lo detuvieron por vagar en las calles de Miami.
Y a las buenas conciencias eso les resulta mal.

Cómo te llamas, vagabundo,
dijeron a un tiempo el policía bueno y el policía malo.
Bob Dylan, respondió el anciano.
Y claro, como ustedes pueden adivinar,
igual que desde hace medio siglo,
quedó en el viento flotando la respuesta.

Los tiempos siempre están cambiando.

Y a las buenas conciencias eso les resulta mal.

Aquel tren

Yo era un niño

En el tren a Chihuahua el paisaje era un frágil futuro arenoso y sin

[gente

La paciencia rodaba en el alma con ruido de hierro

Un túnel oscuro veía mis temores

marcaba las líneas ocultas del agrio destino

En una estación de madera

una niña desértica puso sus ojos brillantes en mí

Yo supe al momento que nunca podría encontrarlos de nuevo

Yo era un niño

Miraba las vías corriendo ligeras

hasta un sitio llamado horizonte

donde interrumpían su destino

Cuando niño la tierra era plana

había trenes y sueños

y yo nunca había perdido un amor

por no descender en aquella estación oportuno y puntual

La vieja fotografía

El que fui hace veinte años me mira en el reposo
de su fotografía barbada y expectante.

Va subiendo en el *bonde* del noble Corcovado,
habrá de retratarse otra vez junto al Cristo
que observa a Guanabara con los brazos abiertos
y señala los límites del mundo que protege.

El que fui hace veinte años me pide que no olvide.

Pero yo nunca olvido.

Sí perdono, disculpo,
dispenso, me relevo de mis crasos errores,
me eximo de tener para siempre una espina
clavada entre mis dedos, como el león de la fábula,
o en el pecho una angustia que no deja respirar.
Me absuelvo finalmente de todo cuanto hice
innecesariamente.

En fin,
éste que fui,
que subiendo en el *bonde* trae la mirada fija,

esperaba llegar y sentarse en el borde
del escalón vehemente que soñó desde niño,
cuando en aquel jardín de niebla y de temblores
planeó con los muchachos alguna vez hacerlo.
Pero todos olvidan ciertos planes,

deseos

que se obstinan ilusos bajo el sol del invierno
mientras reunimos años en el cabello.

Apenas

unos cuantos recuerdan.

Y el que yo era me pide

cantar en la memoria melodías fascinantes
que musitamos juntos después de aquella foto
subiendo al Corcovado,

cuando sabíamos ambos

lo que había sucedido.

En esta desventaja

que actualmente vivimos, él sabe que no sabe
lo que pasó después (yo no se lo he contado).

Esta tarde de vino y de memorias dulces
he de contarle todo, pues quiero que mantenga
desde su foto antigua la misma expectativa
y la mirada alerta a lo que va a venir
y que me reconozca como parte de él mismo
aunque mi rostro sea diferente al de entonces.

Por el camino que elegí

Por el camino que elegí las blasfemias franquean el viento helado.
Mientras avanzo soy blanco de flechas
cuyas puntas se embeben de fragancias mortales.
Es éste el único sendero que me conduce al sitio donde quiero estar.
Aunque a mi espalda las sombras sean cuchillos
y a mis flancos los agazapados afilen flores
continúo seguro de mí mismo;
aun cuando el encono se oculte en el tumulto y desde ahí conspire.
Finalmente he de llegar. No viajo solo.

Poema del indeciso

Ante la encrucijada

decidirás por dónde continuar tus pasos

Por este lado sabes que hay espinas y piedras
pero existen manantiales y remansos

Al final de la tarde dudarías
¿hubieras decidido transitar por el otro?

Por aquél no conoces el camino
sólo supones que además del arroyo
cuyo curso dibuja una interrogación
podría haber alimañas
frutos nocivos
especies ponzoñosas

Al final de la tarde dudarías también
¿habría sido mejor andar la otra vereda?

Pero en este momento
ante la encrucijada
deberás decidir por dónde continuar

Si decides no hacerlo
volver sobre tus pasos
no asumir el riesgo del andar
piensa que al final de la tarde dudarás nuevamente

¿Hubieras decidido arriesgar por alguno
de los dos que te ofrecía la encrucijada?

Poema del ciego amor

El amor es ciego

Palpa las paredes del laberinto
para encontrar la salida

Toquetea con su bastón
los bordes del camino
y arrastra los pies
por un sendero de arena

O sobre un papel
amarillento y sucio
las puntas de sus dedos
buscan descifrar
los códigos del ser amado

El ciego amor por fin decide
ser feliz a pesar de todo

Pero cuidado
La felicidad es más ciega que el amor

Reflexión

La única manera de que el mundo
alcance una extensión ilimitada
es la poesía

Si las cosas esperaron con paciencia su palabra
entre la más antigua oscuridad del mundo
era porque necesitaban esa luz

Y si el mundo se explica con palabras
que así sea
acaso nunca lograremos ese canto
pero es la tarea interminable

Canciones a la Zimmerman

Y a mi vecina no le cabe en la cabeza que a esta edad
me dé por ver castillos en el viento

JAIME LÓPEZ

I

Me han sugerido no contar fantasías,
no relatar imaginerías ni proferir dicharachos,
ni suponer lo que sucederá,
ni suponer lo que no sucederá.
Se asegura que no son los gusanos de maguey
quienes se beben el mezcal en la tibia botella transparente.
Insinúan que no intente traducir los balbuceos de mi memoria
y no exprese el desorden de mis límites.

A mi edad la realidad camina todavía por dos vías simultáneas
y no quiere utilizar el bastón deteriorado
que señala la ruta hacia la muerte.
La imaginación es circular y renovada como el día.

Al cantar lo que no existe
cada hora de mí dura lo mismo que el origen o la eternidad.
Cumpló mis rutinas sin hacerlas rutinarias,
busco el sustento con responsabilidad

y diligencia de pájaro en el nido montañés,
separo en dos *mi corazón y mis asuntos*,
mi aguacero y mi escampado territorio;
pongo ambos pies sobre la tierra;
vuelo a veces nuevas rutas,
observo otros paisajes y miro a la ciudad desde lo alto.
Mis hijos han crecido en una casa iluminada,
tienen pan todos los días y beben agua limpia,
las oscuridades de su edad
y cada sombra que en ellos se detiene
toma en contraste la luz de días benignos.

Me demandan que no deduzca nada
ni asegure que en la fuente habita una ballena
o que el ave de rapiña se ha llevado al colibrí tornasolado
si no puedo comprobarlo ante sus ojos.

Detengo al colibrí con la mirada
para mostrarle a mi amada la ternura,
juntos enfrentamos al buitre y al halcón,
un árbol se convierte en pájaro
y la parvada es arboleda
cuando escucho una sonata de árboles espléndida.

Voy trovando la furiosa realidad,
algo la invento

porque también se encuentra en lo que no miramos.
Sigo los consejos del manzano y asumo los pecados de su fruto,
transito el río que rodea a mi ciudad
y la creciente inunda en temporada:
digo cosas que no han sucedido o se les ha olvidado suceder;
en el papel se ordenan las palabras,
viajan de mi cabeza hacia mi boca,
no quieren pudrirse como manzanas en la alacena
de una conciencia intransigente,
son palabras del desorden que gozo y que padezco.

A mi amada he de confiarle solamente
lo que en verdad ha sucedido;
al amarla, en nuestro lecho las sábanas florecen
y nacen rosas en la cabecera;
en mi pecho ha de latir la fantasía,
en mi cabeza habrá más sueños,
más imaginaciones,
tantas cosas que supongo y que viven en la otra realidad.

En las dos yo amo a esta mujer:
no dejaré de imaginar o suponer un beso suyo
una tarde serena,
cuando encima de nuestra sombra unida en el abrazo
vuele infinitamente el colibrí.

Este castillo tiene puertas abiertas en el aire,
una enorme sala con obras que pertenecen a mi memoria:
la Gioconda cómplice me sonríe sin que la vean,
el perro de Goya no quiere dejar mi voluntad sin su custodia,
los girasoles de van Gogh acicalan la esquina
que mejor les conviene;
un hombre sube y baja interminablemente
en el cuadro de Escher
y conversa conmigo sobre lo eterno y lo finito.
No les cabe en la cabeza que yo habite este recinto
suspendido en el aire
entre nubes de figuras fácilmente identificables,
escenografía para un cuento de dragones.
Me dir an que no es sitio para mí,
un hombre con diez lustros blancos en el pelo
no debe insistir en habitar la fortaleza,
los torreones son altos pero el castillo flota en el espacio abierto,
el aire al interior es respirable,
cómodas habitaciones, instrumentos musicales
en la pared colgados:
una jarana de cedro ahuecado a corazón y empeño,
cuerdas que irrumpen en madrugadas de vino y de canciones;
el jardín posterior es elevado, es todo el cielo.
Desde mi lecho se observa un horizonte de estrellas:
conducen a todas partes.

Yo había visto este castillo,
lo había imaginado encima de mi nuca
cuando paseaba con las manos en los bolsillos
por una calle de mi ciudad un día de fiesta personal
donde no había nadie.
Ustedes pensarán que sólo imaginaba este castillo
que ahora habito,
estoy adentro.
Ya los espero,
vengan a celebrar canciones,
a participar del vino.

Reposo del guerrero

Protegido mi pecho en el gambaj,
Afilo el arma, brilla su relej;
En una dulce tregua, el almofrej
Me da el sueño al rumor del rebalaj.
Hay consuelo a mi herida en el borraj,
Y andaré, aun estando pedicoj,
Pues no anhelo yacer bajo el alioj
Ni ungido héroe, como un almiraj.
Me protegen la noche y el cambuj,
Conozco igual la espada que la troj,
Amo el aroma del almoraduj
Si adereza el carnero el manibljaj.
Serenamente, oculto tras un boj,
Espera desafíos mi carcaj.

Igual que en el grabado de Escher

No sé si subo o bajo la escalera
Si desde arriba ya alcancé el peldaño
No quiero más abajo hacerme daño
—descender o ascender lo hace cualquiera—
Si desde abajo encuentro la manera
Puedo alcanzar el linde de lo extraño
Si bajando traspaso la frontera
Si subiendo traspaso la frontera
Puedo alcanzar el linde de lo extraño
Si desde arriba encuentro la manera
—descender o ascender lo hace cualquiera—
No quiero más arriba hacerme daño
Si desde abajo ya alcancé el peldaño
No sé si bajo o subo la escalera

Donación de órganos: las cosas que yo he visto

Estos ojos han visto cosas que me han plomeado la pupila,
han mirado otras más que sofocan el iris
o alteran su atónita respuesta ante la luz.

Estos ojos diluidos por algunos libros,
sorprendidos por escenas
que los cines de provincias censuraban,
he de donarlos
para que desde otro cuerpo sigan viendo
cosas que no pienso predecir o adivinar.

Estos ojos en un tiempo pasado
habrían de alimentar a los gusanos;
hoy no consiento el saber popular que lo sugiere.

Donaré mi hígado teñido por el vino
y los riñones que bien han soportado
a los gerentes de la pesadumbre.

Quien reciba mi corazón
conseguirá que latan sus privilegiadas alegrías;
tendrá ocasión de causarle sus heridas personales.

Tomen lo que ofrezca todavía
un cuerpo partidario del amor
(aunque no siempre haya podido
ejercerlo a plenitud),

un alma que desde la mitad del siglo xx
vino a andar por el mundo posible
y a imaginar alrededor del imposible.

Tomen lo que logre serles útil
para que alguien pueda nuevamente
escuchar una canción, robar un beso
o dirigir sus ojos hacia el sitio que le dé la gana.

Amigas misteriosas

... las amigas misteriosas del poeta,
escribió el joven Nervo.

Entre las perlas negras
que el poeta reunió en su juventud
encuentro algunas que ahora pulo,
engasto y renuevo en el collar de mis libros de diciembre.

Mis amigas misteriosas
han enviado mensajes hacia el final del año
y al inicio del nuevo.

No son exactamente misteriosas,
aunque todas encerraban sus misterios personales
y guardaban para sí
llaves de cofres en los que algunas veces asomé mi rostro.

Todos escondemos una llave,
o un manojito de llaves misteriosas y secretas,
claves que cierran el candado.

Las amigas se encuentran en un pueblo distante
donde el frío entumece las manos que redactan
o en las grandes ciudades congeladas del norte

o en el contraste natural de sol y brisa
de un recatado puerto de pocos habitantes

o en ciudades del sur del continente
donde el calor hace sudar memorias redentoras.

Quién sabe si alguna vez pensaron en su amigo
ante amores que se fueron,
ante amores que no llegaron nunca,
ante amores que todavía no llegan.

Ojalá no busques la mujer que encuentres,
me dicta la memoria.

Las amigas misteriosas del poeta,
optaron por hombres de un oficio distinto,
volvieron la cabeza hacia otro punto cardinal
o abordaron el regreso a un camino conocido.

O la prudencia las llevó a rechazar
mi amargo café de las mañanas

que en su espejo oscuro
reflejaría tal vez su rostro arrepentido.

Las amigas del poeta eran libres de elegir
y tomaron la ruta que indicaba su albedrío
sin misterio mayor que el de la vida.

El que escribe
agradece íntimamente su presencia afortunada,
valora ese recuerdo que de él tengan
y celebra conservar el de ellas;
admite haberse equivocado cuando se equivocó,
acepta haber dudado alguna vez,
si guardó su corazón en el baúl con llave
y no miró con ojos reposados,
o tal vez nunca entendió que esa sonrisa
era el gesto de la posibilidad.

La lealtad lo tuvo resguardado en una mujer,
no desnudó su pecho
y optó por el camino conocido.

Interceptó la flecha que el pequeño dios desnudo
tenía lista en el arco tensado y con el ojo en la mirilla alerta.

Las amigas misteriosas del poeta, dice el joven Amado,
y no lo dice arrepentido; acaso evocador...

Tú traes tu memoria

Tú traes tu memoria,
muchacha,
 tu historia;
yo traigo la mía.

Están en la almohada
 sin nada
de filosofía.

Testimonio

Aun si supiera
que el mundo
explotará esta noche,
hoy también te diría
con un beso
“hasta mañana”.

¡Eureka!

Cuando ella sumerge su cuerpo en la bañera,
no experimenta el agua el empuje hacia arriba
que equivale a la fuerza del líquido desalojado.

Arquímedes no se desespera.
Se dispone a demostrar que un ángel
pesa igual a la dicha
de quien abraza ese cuerpo húmedo y alado.

El proverbio árabe

Siempre vuelve el proverbio ancestral
del árbol, el libro y el hijo.

En un lugar vacío del desierto
—Rub al-Jali su nombre—,
la sentencia se hizo célebre.

Ahí los dátiles crecen
con los pies en el agua
y la cabeza en el fuego.

Los dátiles son dedos,
muestran la ruta de las dudas;
señalan la procesión de los camellos:
ven avanzar jorobas o dunas ondulantes.

La palmera solitaria sobrevive:
dátiles secos a sus pies.

Hacer crecer una palmera
que ofrezca frutos renovados.
Imaginar la palmera que rumora.

Se escuchan los secretos alojados en la arena;
los dispersa la estación del viento.

Aquí un espejismo:
Leer la vida que aún no hemos escrito.
Otros podrán vivir sus páginas
mientras hojean la propia.

Aquí un oasis:
El libro dicta los silencios
y escucha los lamentos del árbol de Teneré:
quejumbrosa pulpa de papel.

Tener un libro: un libro.

Plantar un árbol para dar sombra al hijo;
tener un hijo que imagine como un libro.
Escribir un libro.

Del árbol

I

Entre las ramas del árbol
veo un pobre gorrión perdido
que tiembla bajo la lluvia
si arrecia el frío.

Tiembla cuando el viento exige,
porque no hay hembra y no hay nido.

Tiemblan de viento sus alas,
de mi ventana lo miro.
No dejemos de cantar,
pájaro amigo.

Del hijo

I

Construyes, hijo, tu casa.
Abre todas las ventanas,
deja las puertas abiertas
que otras estarán cerradas.
Y tus paredes esperan
ser levantadas.

II

Si la argamasa se mezcla
con las lágrimas que llores,
habrá, en ladrillos y anhelos,
contradicciones.
Avanzarás poco a poco,
tendrás dolores;
pero también la alegría
que te propones.

Del libro

... Hoja por hoja, sí,
leí quince años;
esa vieja lectura
me causó daño.
No volveré a leer
ningún papel.

VIOLETA PARRA

I

La portada trae su rostro
y tras la solapa esperan
unas guardas doloridas
como esa memoria negra.

En las páginas adentro
la dedicatoria a Ella
y en el prefacio se nombra
un epígrafe de sedas.

Pasado el tiempo, el glosario
las consecuencias enfrenta.

II

La advertencia hace evidente
que son sus labios almendras,

hay verbenas en sus pechos,
su vientre exquisito, siembra.

Una historia de abandono
desde el prólogo comienza;
tiene el cuerpo de la obra
su cuerpo de primavera.

La bibliografía sugiere
que nuestros recuerdos queman.

III

Los apéndices son vanos
índices de cosas viejas;
el colofón se marchita,
no reverdece la higuera.

Cuando el estante traduce
camisa o forro en tragedia,
las letras de oro en el lomo
lucen como la tristeza.

Las páginas amarillas
guardan flores secas, muertas.

La fruta del poder

La fruta del poder no me hace agua la boca.
La desprende del árbol antes de estar sazona
una mano al temer que otro lo haga primero.
Otros peleen, disputen las sillas y las órdenes,
las firmas y la gloria. Quiero sólo ganarme
algo de fruta fresca y este café aromático
que perfume mi casa cada limpia mañana
mientras cantan mis hijos.

El oficio

Tengo una mesa.

Puedo escribir *tengo una mesa*.

Tengo una silla.

Puedo escribir *tengo una silla*.

Aún más:

tengo papel y tinta.

Puedo escribir sobre el papel, con esta tinta.

Pero la poesía no está en lo que ya tengo.

La poesía me dice

que está en lo que me falta.

Palabras que se deslizan

La palabra *serpiente* se desliza en mi página.

Es una palabra, no es una serpiente.

Si escribo cobra, sierpe,
una imagen se arrastra hacia el lector,
la sensación se desliza.

Si escribo víbora,
si añado la palabra cascabel,
no es una víbora de cascabel la que se arrastra por la página,
es mi escritura que se desliza entre el silencio.

Ya suena el cascabel;
el peligro se aproxima,
la víbora se acerca:
tengo miedo de que me aplique su ponzoña,
temor a esos colmillos que me impidan respirar.

Si doy vuelta a la página el peligro termina.

Índice

7 Una carta de vida: *No todas las cosas*

No todas las cosas

Antología personal 1980-2015

17 Oficios

18 Consecuencias

20 Dispersiones

22 Principios

24 Piedras

26 Preguntas

28 Carencias

29 Percusiones (Canto grave para tambor solo)

30 Seguridades

31 Definiciones

32 Descubrimientos

33 Navegantes

35 Poema escrito en enero

36 Un pájaro (era pardo)

37 El truco

38 Atención

- 39 Este complicado asunto
- 41 Necesidad
- 42 El poema no sabe
- 43 Amaneció mi barrio de cabeza
- 44 Pandilla
- 45 Cumpleaños
- 47 El que bebió esa noche
- 49 Respeto al vino
- 50 Breve historia
- 52 Esta mujer y yo
- 54 Un ramo de rosas
- 57 Los demás de la foto
- 58 Monólogo del vagabundo
- 60 Canto por el hombre que bebía música
- 61 Canto por el contrabajo de Agustín Bernal
- 63 Canto para una exposición de Jordi Boldó (Alegoría para una serie abstracta)
- 68 Canto por las preguntas del desmemoriado
- 70 Canto por la tierra donde los míos reposan
- 72 Canto por los que duermen poco
- 73 Juego
- 75 Los abuelos del niño
- 76 Todo ángel
- 77 Sólo dos imágenes
- 78 Ruidos
- 79 Estos años
- 82 Me pondré la manzana

- 83 Aquellos años
- 87 Celebración por el tiempo feliz de Sidney West
- 91 Celebración del hombre que despierta en un cuarto de hotel
- 93 Celebración por el marlín de Aníbal Angulo
- 99 Hacer una pirámide
- 100 Paisaje para Manuel Cebado
- 101 El oficio del río
- 103 Retablo
- 103 Explicaciones
- 104 Flashback
- 105 Cabalgando
- 107 Soneto
- 108 Encuentro
- 110 Oraciones
- 112 Con frecuencia ese niño acude hasta el recuerdo de un hombre
- 117 La memoria
- 119 En el sueño la imagen
- 121 Poema del film
- 123 Niños exiliados
- 130 Coplas para Rafael Alberti (A la manera de Juan Panadero)
- 132 Para Ernesto Gutiérrez
- 133 Un poema para Efraín Huerta
- 134 Biblioteca de José Luis Martínez
- 135 Ramón López Velarde
- 136 Muerte de Rilke
- 137 Fray Luis de León

- 138 La mesa del escribano
- 140 Persona, personae
- 142 Una foto en la portada
- 148 Johnny Weissmuller
- 151 Un trotamundos
- 154 Aquel tren
- 155 La vieja fotografía
- 157 Por el camino que elegí
- 158 Poema del indeciso
- 160 Poema del ciego amor
- 161 Reflexión
- 162 Canciones a la Zimmerman
- 167 Reposo del guerrero
- 168 Igual que en el grabado de Escher
- 169 Donación de órganos: las cosas que yo he visto
- 171 Amigas misteriosas
- 175 Tú traes tu memoria
- 176 Testimonio
- 177 ¡Eureka!
- 178 El proverbio árabe
- 180 Del árbol
- 181 Del hijo
- 182 Del libro
- 184 La fruta del poder
- 185 El oficio
- 186 Palabras que se deslizan



No todas las cosas.

Antología personal 1980-2015, de Eduardo

Langagne, se terminó de imprimir en diciembre de 2016, en los talleres gráficos de Jano, S.A. de C.V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C.P. 50200, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Borges*, de Alejandro Lo Celso de la fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Portada, formación y supervisión en imprenta: Esmaragdaliz Isbeth Villegas Pichardo. Cuidado de la edición: Carmen Itzel Ramírez Rosas, Delfina Careaga Becerra y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.

